

CUADERNOS DE CULTURA
CUARTA SERIE

6

BREVE ANTOLOGIA
DEL
10 DE OCTUBRE

Discursos y artículos de
Carlos Manuel de Céspedes - José
Manuel Mestre - Enrique Piñeyro
Antonio Zambrana - Eugenio
M. Hostos - José Martí -
Manuel Sanguily -
Enrique José
Varona

PUBLICACIONES DE LA SECRETARIA DE EDUCACION
DIRECCION DE CULTURA
LA HABANA, 1938

MANIOC.org

Bibliothèque Pierre-Monbeig
IHEAL CREDA - Université Sorbonne Nouvelle - Paris 3



CUADERNOS DE CULTURA

PRIMERA SERIE

(AGOTADA)

1

Gabriela Mistral: LA LENGUA DE MARTI.

2

Pbro. Félix Varela: EDUCACION Y PATRIOTISMO.

3

José Martí: EDUCACION.

4

José de la Luz Caballero: FILOSOFIA Y PEDAGOGIA.

5

José Antonio Saco: IDEARIO REFORMISTA.

6

Máximo Gómez: RECUERDOS Y PREVISIONES.

SEGUNDA SERIE

(AGOTADA)

1

José Martí: HOMBRES DE CUBA.

2

Gertrudis Gómez de Avellaneda: SELECCION POETICA.

3

Enrique José Varona: PAGINAS CUBANAS.

4

José María Heredia: PREDICAS DE LIBERTAD.

5

Francisco de Arango y Parreño: DE LA FACTORIA
A LA COLONIA.

6

Antonio Maceo: DISCIPLINA Y DIGNIDAD.

9.130, 4 (6), in-12°

CUADERNOS DE CULTURA
CUARTA SERIE

6

BREVE ANTOLOGIA
DEL
10 DE OCTUBRE

Discursos y artículos de
Carlos Manuel de Céspedes - Jose
Manuel Mestre - Enrique Piñeyro
Antonio Zambrana - Eugenio
M. Hostos - José Martí -
Manuel Sanguily -
Enrique José
Varona



PUBLICACIONES DE LA SECRETARIA DE EDUCACION
DIRECCION DE CULTURA
LA HABANA, 1938

MANIOC.org

Bibliothèque Pierre-Monbeig
IHEAL CREDA - Université Sorbonne Nouvelle - Paris 3

APN 108 076 261

9 417 416

INTRODUCCION

INTRODUCCION

CARDENAS Y CIA.

AVE. DE ITALIA 258

HABANA

EL 10 de octubre representa un momento decisivo en el proceso histórico de Cuba. No fué el inicio de un movimiento exclusivamente determinado por imperativos económicos, sino iluminado también por el más puro idealismo. Los hombres que lo encabezan empiezan por proclamar el derecho a la libertad humana destruyendo el inicuo sistema de la esclavitud, en que se asentaba la colonia, y destruyendo también la propia fortuna personal. Quienes se lanzaron en esa aventura libertaria sabían bien que rompían todos los vínculos con la vida regalada que la propia riqueza les proporcionaba. Como todo empeño humano, tuvo sus raíces económicas, pero el idealismo se alzó muy por encima de todo móvil de conveniencia. Se sabe bien cómo los imperativos de fortuna quedaron desoídos por aquellos hombres heroicos, que iban contra todas las normas conocidas. Una frase de Martí compendia las circunstancias del gran suceso: “¡Y esto fué lo singular y sublime de la guerra en Cuba: que los ricos, que en todas partes se le oponen, en Cuba la hicieron!”

No era la primera vez que los cubanos intentaban un movimiento de independencia. Pero en ninguno se había dado ese conjunto de circunstancias propicias para hacerlo prender en el pueblo. Los hombres hasta entonces esclavos, a quienes se les consideraba libres por su propio derecho de seres humanos, ya sabían que peleaban por una doble conquista: mantener su libertad y la independencia del pueblo que se la daba y se la garantizaba.

El movimiento iniciado el 10 de octubre alcanzó proporciones gigantescas, y demostró cómo era posible conquistar por las armas el derecho a la libertad. Pero la guerra que debía crecer y organizarse día a día fué encontrando obstáculos insuperables, nacidos de oscuras rivalidades y de limitaciones incomprensibles. Las disputas incesantes entre el gobierno que la República en armas se había dado y la dirección de la guerra y el regionalismo arraigado en algunos de los jefes más valiosos y esforzados, sembraron el desconcierto que repercutió en las emigraciones, debilitando poco a poco el entusiasmo de los patriotas. Pero la guerra

iniciada el 10 de octubre de 1868 demostró a los cubanos de más claro pensamiento cómo era posible, eliminando discordias y rivalidades, una acción ordenada y firme que condujera rectamente a la independencia.

Desde el primer año de la guerra ya la fecha patriótica tiene un relieve extraordinario. Céspedes, junto a sus hombres en Guaimarillo, conmemora el día feliz con el augurio del triunfo próximo. Y en la emigración, los patriotas de Nueva York se juntan para oír las palabras de los representantes de la guerra. Allí, entre otros, José Manuel Mestre, cubano esclarecido, estudia en un discurso sobrio la política española que había determinado, al fin, la heroica resolución, y Enrique Piñeyro se adelanta a señalar la tradición que ya ilumina, como columna de luz, el camino de la redención.

Y ya la fecha gloriosa encarnará el verdadero ideal del pueblo cubano: su libertad política, plena y virilmente conquistada. Año tras año, durante la década de lucha, la emigración se reúne en todos los lugares de la tierra habitados por cubanos. Unas

veces para celebrar con regocijo el eco de las armas en el campo insurrecto, otras para dar ánimos y auxilios a los luchadores. A veces, —aún,— para sacudir con la palabra restallante la indiferencia o el embotamiento de quienes con su tibieza comprometían el triunfo del heroísmo. En un momento así brotó la enérgica página que figura en esta brevísima antología, del insigne pensador y periodista antillano Eugenio María Hostos, esforzado mantenedor de los derechos de Cuba a su independencia, cuya pluma estuvo por varios años al servicio de nuestra causa. Este artículo apareció en un diario cubano de Nueva York, en 1874, y por primera vez, que sepamos, se reproduce en Cuba, precisamente al acercarse la fecha en que América conmemora el centenario de Hostos. En otro lugar de América, en Valparaíso, Antonio Zambrana congregaba ese mismo año de 1874 a los cubanos y chilenos simpatizadores de la causa, pronunciando un discurso que Sanguily consideró como una de sus mejores oraciones.

Cuando el Pacto del Zanjón pone un paréntesis al ansia de libertad encendida en la

Demajagua, viene un período de postración del alma cubana. Será Martí quien de nuevo levante en la emigración de Nueva York la fe que parecía perdida. La fecha gloriosa le dará oportunidad, año tras año, de ir reviviendo el fuego amortiguado, pero no extinguido, de ir juntando bajo una sola fe el ansia única de una república ideal, de ir creando en el alma cubana una firme confianza en el medio único de alcanzar su dignidad y su felicidad. Los discursos de Martí en el 10 de octubre son maravillas en que idealismos y realidades están fundidos en el más puro crisol.

Dos trabajos de importancia capital cierran esta breve antología: la oración emocionada y bellísima con que Manuel Sanguily evoca las figuras de Céspedes y Martí en la primera conmemoración después de iniciada la nueva guerra de independencia, y el artículo con que Enrique José Varona, terminada la lucha emancipadora, analiza magistralmente la gran lección entrañada en el 10 de octubre.

Félix LIZASO.



I

DISCURSO PRONUNCIADO POR

Carlos Manuel de Céspedes

EN GUAIMARILLO, DONDE SE HALLABAN
REUNIDOS EL GOBIERNO Y LA CAMARA DE
REPRESENTANTES DE LOS REVOLUCIONA-
RIOS DE CUBA, EL 10 DE OCTUBRE DE 1869.

Conciudadanos:

Nunca he sido orador: aunque abogado, he sido hombre de hechos, no de palabras. Por fortuna no se necesitan muchas frases oratorias para recordar que un día como hoy el pueblo de Cuba, rugiendo como un león de las selvas, se levantó armado y juró romper para siempre las cadenas de la tiranía. Hace un año que ese pueblo está cumpliendo su juramento: hace un año que frente a las huestes enemigas lo sella con su sangre y la sangre española: hace un año que ni las balas, ni los suplicios, ni las epidemias, ni ninguna clase de padecimientos lo han hecho desistir de su inquebrantable resolución de perecer en la demanda, o arrojar a un tiránico gobierno más allá de los mares que nos rodean. ¡Ciudadanos! El último esfuerzo y conseguiréis el objeto sacrosanto que os habéis propuesto. Unión, constancia, confianza, y nuestros enemigos vencidos en el campo de la política, lo serán

pronto en el campo de batalla. España acepta la mediación de los Estados Unidos para tratar de nuestra independencia: el Perú nos reconoce como independientes. Cuba ocupa ya un puesto entre las naciones del mundo, y no dilatará el día en que con toda seguridad y satisfacción podamos exclamar: ¡Viva la República! ¡Viva la Soberanía del Pueblo!

II

DISCURSO PRONUNCIADO POR

José Manuel Mestre

EN COOPER HALL, NEW YORK,

EL 10 DE OCTUBRE DE 1869.

Señoras y señores:

Por la vez primera, en esa historia de lágrimas y de sangre que se llama la historia de Cuba, los hijos proscritos de aquella tierra infortunada se encuentran congregados bajo la égida de la más plena y verdadera libertad. Por la vez primera entramos en el templo de la palabra; y al usar de uno de los más preciosos derechos naturales, nos sentimos hombres como Dios nos hizo, y no mutilados y atrofiados como pretendió hacernos la tiranía. Por la vez primera, podemos comunicarnos nuestros sentimientos, nuestras ideas, nuestras aspiraciones, con toda la expansión de nuestras almas, sin sentirnos humillados bajo el afrentoso yugo de nuestra esclavitud.

Justo es, pues, señores, que en esta hora de felicidad inmensa para el espíritu cubano dediquemos un tributo de gratos recuerdos al suceso glorioso de que dimana nuestra regeneración.

Hace un año, no más de un año, Cuba se hallaba toda entera sometida al férreo despotismo de España.

Políticamente, Cuba era una oprimida colonia.

Civilmente, Cuba era una cárcel.

Económicamente, Cuba era una factoría.

Socialmente, Cuba era el infierno.

En su seno, en una palabra, y según la feliz expresión de nuestro Heredia, se cerraban,

*en el grado más alto y profundo,
las bellezas del físico mundo,
los horrores del mundo moral.*

Mas, por ventura, ¿será menester describir minuciosamente sus inauditos sufrimientos? ¿Qué cubano no los conoce? ¿Qué cubano no los ha experimentado? ¿Qué cubano no los tiene escritos con sangre en lo más íntimo de su corazón?

Con decir que España ha sido para Cuba lo que ha sido siempre: la España que tiranizó a México, a Venezuela, a Nueva Granada, al Perú y a cuantas tuvieron la desgracia de ser sus colonias; la España de los

Morillo, Boves y Antoñanzas; la España que jamás aprende en el libro de la experiencia; con decir eso, ya está dicho todo.

Treinta años hacía últimamente que Cuba arrastraba su ominosa cadena sin que jamás viese cumplir la solemne promesa constitucional. “Cuba será regida por leyes especiales”, había dicho España por la voz de sus legítimos representantes en las Cortes de 1837, y como si con esta sola perspectiva debiera quedar satisfecha la desheredada colonia, nunca más volvióse a tratar en la metrópoli de otra cosa que no fuese la más eficaz explotación de su víctima.

El militarismo con facultades omnímodas como ley suprema; la extorsión hasta el saqueo, como ley tributaria; la negación de todas las libertades, como ley política; y la exclusión de los cubanos de todos los ramos de la administración pública, como ley moral y de alto gobierno. He aquí, en resumen, lo que pudiera llamarse el sistema colonial a la española.

Pero aún hay más.

Para sostener y perpetuar semejante edificio de horrores, España ha empleado siem-

pre un medio más horrible todavía. ¿Sabéis cuál ha sido ese secreto talismán del despotismo en Cuba? ¡La esclavitud! La esclavitud, que para mengua de España puede ya con razón denominarse “una institución española”, como la ha considerado el mismo General Serrano, y que alimentada por la inicua Trata, a despecho de los más sagrados compromisos internacionales, y adherida a la pobre Cuba como la túnica del Centauro, ha sido indudablemente la principal rémora para su redención.

Tras de esto, señores, España escribía sobre la frente de su esclava este sarcasmo sangriento: “La siempre fiel.” Los que crucificaron al Cristo lo escarnecieron también de un modo análogo, escribiendo sobre la cruz de su suplicio un mote burlesco. ¿Cómo hemos podido sufrir por tanto tiempo ese estigma de ignominia?

Mas en honor de la verdad no ha sido por la voluntad de Cuba si ésta ha gemido por tan largos años en el cautiverio. Desde los Soles de Bolívar y el Aguila Negra, hasta Narciso López y Ramón Pintó, ¿cuántas conspiraciones no ha habido en Cuba contra

el gobierno de España? ¿Cuántos proyectos fracasados? ¿Cuántos esfuerzos impotentes?

No es mi ánimo referirlos en este momento; basta a mi propósito recordarlos, para recordar también que desesperanzada Cuba con semejante resultado, varió de rumbo, y apelando a la rectitud de la metrópoli, solicitó de ella concesiones y reformas. ¡Vana porfía! El gobierno español escuchó atentamente las quejas y las reclamaciones de los comisionados cubanos; y tal pareció por su conducta que sólo había deseado penetrarse de lo que apetecíamos, para podernos regalar con todo lo contrario.

La burla de la información fué ciertamente bien cruel; y la ilusión de las reformas se vió bien pronto sustituida por una terrible realidad. Lersundi, o como si dijéramos, la preponderancia del partido negrero; las comisiones militares, o lo que es lo mismo, el estado de sitio permanente; el nuevo sistema tributario, o en otros términos, la absorción y el aniquilamiento de toda riqueza; tal fué la respuesta que la ter-

nura metropolitana otorgó a las sentidas y justísimas quejas del pueblo cubano.

¡Ah!, la medida de nuestra paciencia no podía menos que llenarse de esa manera. Rebotante ya desde mucho tiempo atrás, entonces recibió la última gota, y hoy hace un año, fecha inolvidable, un puñado de hombres generosos se lanzó a la pelea para conquistar la libertad, o perecer en la demanda.

Una coincidencia feliz presentóse en aquella oportunidad para que España hubiese podido satisfacer sin tardanza los clamores de Cuba. Ocurrió la revolución de Setiembre, y derrocado el trono de los Borbones, la que se titulaba "España con honra" proclamó el credo político liberal más avanzado. ¿Quién no hubiera creído que llegaba para Cuba la época de la justicia? España, sin embargo, incurriendo en la más monstruosa contradicción, juzgó a Cuba indigna de tomar parte en el banquete del progreso; y entre las ofuscaciones borbónicas de Lerundi, y los circunspectos escrúpulos del novel Ministro de Ultramar, pasó la ocasión

fugaz que hubiera tal vez permitido un digno avenimiento.

Las raquílicas concesiones del General Dulce llegaron, por consiguiente, a deshora. A sus ofertas, Cuba debió contestar como Lamartine en 1848 a la Duquesa de Orleans: "Es tarde, muy tarde." Y la revolución, cundiendo por todas partes, adquirió rápidamente un extraordinario incremento.

Cuando pensamos en los recursos con que contaron Céspedes y los demás heroicos iniciadores del alzamiento de Yara, la mente se abisma de sorpresa y admiración. Casi sin armas, con miserables municiones, sin experiencia alguna en el arte de la guerra, ¿cómo fué que aquellos hombres pudieron no sólo emprender sino dar cima a su ardua y peligrosísima tarea?

Porque la revolución se hallaba escondida en todos los corazones cubanos; y ni uno siquiera, a no estar muy carcomido por la abyección y el servilismo, dejó de latir con ardoroso entusiasmo. Ya llegó el momento, nos dijimos todos sin hablarnos: la suerte está echada. Y hombres y mujeres, y ancia-

nos y jóvenes, y ricos y pobres, se dispusieron todos para contribuir, cada cual según sus circunstancias, al éxito de la guerra santa contra la tiranía. Ya no se trataba de unos cuantos ilusos, como llamaban siempre los gobernantes españoles a los liberales cubanos; se trataba de Cuba entera que, despertando de su prolongado letargo, y blandiendo el acero, se lanzaba por fin en la batalla.

¡Y qué bandera tan noble la suya! ¿Véis esa estrella? Pues esa estrella ilumina un grande acto de reparación y de justicia. Significa enhorabuena, libertad, igualdad, fraternidad; significa, es cierto, todos los gloriosos principios legados por 1789; pero significa especialmente otra cosa más grande todavía: abolición de la esclavitud.

Y en esa significación estriban precisamente mis más firmes esperanzas. Hemos sabido hacer justicia, señores, y debemos esperarla para nosotros mismos. Purificados de la mancha que tan indignos de todo bien nos hacía, ¿por qué no hemos de confiar en que el Dios de los buenos nos proteja?

Para corroborar esa confianza, bien pu-

diera encontrar sobrados argumentos en el sorprendente desarrollo de nuestra revolución. El grito de La Demajagua se vió entusiastamente repercutido en los ecos de Yara, de Bayamo, de Holguín, de Las Tunas, del Camagüey, de las Cinco Villas, de Jagüey Grande; y puede decirse que toda Cuba se estremeció profundamente con la vibración de la libertad. Los llamados insurrectos merecieron llamarse Ejército Libertador; y al resplandor sombrío de Bayamo incendiado por sus propios hijos, nuevo y glorioso Moscú, pudo erigirse y organizarse la joven República Cubana. Pero mi tosca palabra sería inadecuada para presentar ante mi auditorio, con un digno colorido, el cuadro de esa lucha heroica que Cuba está sosteniendo contra sus opresores. Supla mejor mi insuficiencia vuestra imaginación.

Y si necesitásemos de otro género de pruebas, ¿no las encontraríamos en la conducta observada por los españoles respecto de Cuba? Cegados sin duda por la Providencia, que suele cegar a aquellos que quiere perder, ellos han sido el más vivo y eficaz estimu-

lante que ha podido tener la revolución. Desde la horrible deportación a Fernando Poo, que será un eterno baldón para el nombre del General Dulce, hasta los asaltos y saqueos cometidos por la soldadesca; desde los atropellos y vejámenes más inauditos, hasta los soeces insultos prodigados por la desenfrenada prensa española contra las personas y familias más respetables; desde los cadalsos levantados por los consejos de guerra hasta los asesinatos ejecutados en vecinos pacíficos e indefensos por los salvajes voluntarios; todo ha sido providencial sin duda alguna para que la revolución recibiese cada día nuevo pábulo, y asegurase su más feliz desenlace. ¡Por qué medios tan imprevistos realiza Dios sus altos designios!

Sí, señores, llegada la revolución a la altura que alcanza, y examinados, si bien a grandes rasgos, su origen y su desenvolvimiento, todo nos permite augurar el favorable término de nuestro actual conflicto con la más segura confianza.

¡Sí, el porvenir es nuestro! Tenemos de nuestra parte el derecho, como lo tiene todo pueblo, a vivir la vida de la civilización y

de la libertad *en la tierra que Dios le ha señalado*; tenemos el apoyo moral y aun material de esta gran nación americana; tenemos la firme voluntad de conquistar nuestra independencia a costa si necesario fuese, de todos los sacrificios; y Dios, por último, está con nosotros. Así como España perdió una por una todas sus colonias americanas, a pesar de los más gigantescos esfuerzos, así también su enmohecida garra se desprenderá de Cuba y Puerto Rico, y la América se verá por fin libre de su influencia funesta.

Y que no se me diga que Cuba ha sido rica y próspera bajo la dominación española. A eso contestaría que el hombre no se alimenta tan sólo de pan. ¿Por ventura somos los cubanos seres irracionales que únicamente experimentan las necesidades físicas? Nosotros, como los demás hombres de la tierra, tenemos un alma que “si no aspira no respira”. Nosotros, como los demás hombres de la tierra, necesitamos para nuestra existencia moral del aire oxigenado de la libertad. Queremos ser personas, y no cosas. Queremos luz, siempre más luz!

Por otro lado, ¿qué era esa riqueza, con la

esclavitud como base, sino lo más ficticio y deleznable? En cuanto a mí siempre he encontrado grande analogía entre esa decantada riqueza cubana, que de paso sea dicho, nunca existió *por* España, sino *a pesar* de España, y aquella estatua de que nos habla la Escritura, con cabeza de oro, pero con pies de barro. Expuesta a derrumbarse al más leve soplo, si podía bastar para el negociante advenedizo, a quien sólo importa el presente, de ningún modo para el cubano que, arraigado en su patria, tiene que pensar en el porvenir.

Cuando imagino, señores, el que puede caberle a la tierra de Cuba, desentumecida de las ligaduras que por tanto tiempo le han oprimido, mi corazón se ensancha, y tal me parece que ya brilla refulgente nuestra estrella en claro y no lejano horizonte. Con una población tan numerosa como puede soportarla aquel extenso territorio, y que acudirá sin duda cuando allí no existan ni el despotismo español que produce la infelicidad, ni la antihigiénica incuria española que mantiene el vómito negro; con aquellos terrenos feracísimos, en que la Naturaleza

parece haberse propuesto lucir todas sus galas y dispensar pródiga todos sus favores; y con una organización política y social que permitiendo a los habitantes de Cuba el goce de todos los derechos naturales, y cimentando sus riquezas sobre sólida y justa base, los haga ciudadanos laboriosos, virtuosos y felices; ¿qué no debe esperarse para nuestra patria querida? ¡Oh, señores! La Perla de las Antillas, la Llave del Golfo Mexicano, dejando de ser la “siempre fiel”, ha de verse sin duda convertida en el Edén de la América.

III

DISCURSO PRONUNCIADO POR

Enrique Piñeyro

EN COOPER HALL, NEW YORK,
EL 10 DE OCTUBRE DE 1869.

Conciudadanos:

Por mucho que se diga, no es posible exagerar la importancia del suceso que en este momento conmemoramos, y mejor que la palabra lo expresa el concierto de nuestros corazones, la unánime, intensa emoción que nos domina, porque si estamos aquí congregados unos pocos cubanos, todos, sin embargo, tenemos nuestro pensamiento y nuestra alma en otro lugar, donde nuestros nobles y valientes hermanos han enarbolado esta bandera, y donde se decide — no, ya está decidida — donde se sella con sangre generosa la independencia de la Isla de Cuba.

Hace un año, conciudadanos, vivíamos sumidos en la mayor degradación, sin honra, sin derechos, sin el libre ejercicio de nuestras facultades; no vivíamos, moríamos. El cubano, que nacía trayendo en su alma el santo y ardiente amor de la libertad, que nunca falta en los corazones bien

templados, nacía condenado al suplicio más horroroso, sin voluntad, sin dignidad, sin esperanza; día por día, habíamos ido perdiendo lo poco que nos quedaba por perder, y despojados de todo, sólo el recurso a las armas nos restaba. Hace un año también que, sacudiendo con viril energía el vergonzoso letargo, lo hemos recuperado todo y vivimos la vida de la lucha, del combate y de la gloria, la única digna del título de hombres, que hoy, y sólo hoy, tenemos el derecho de reclamar. No más sufrimientos sin consuelo, no más las virtudes del esclavo, no más, sobre todo, la humillante resignación. No más el suplicio aquel de amar la libertad, y no saber qué cosa es, ni conocerla e invocarla, sino para escarnecerla; el que hoy la siente bullir dentro de su pecho, toma las armas, vuela al combate, y en él triunfa o muere — lo mismo es —, pero satisfecho de haber vivido, con la faz erguida y el consuelo inefable de haber cumplido el deber, de haber dado un ejemplo, si ejemplos fuesen necesarios, de haber, en fin, hecho llegar a los oídos de la humanidad, co-

mo un nombre de héroes, el nombre de cubano.

Este cambio tan grande, esta inmensa transformación, es lo que aquí conmemoramos, y no es, pues, por un artificio de lenguaje por lo que dije, y digo, que la palabra no puede traducir ni nuestro júbilo al sentir que tenemos una patria a quien amar y defender, ni nuestra satisfacción al decir a los republicanos de este gran país, en cuyo hogar nos sentamos ahora, por un breve término, que, como ellos, lo hemos sacrificado todo al noble anhelo de ganar nuestra honra y nuestra dignidad, y que, como ellos, sabemos cómo se cumple el deber y cómo se fundan las libres repúblicas americanas.

La revolución cubana — desde la hora primera en que surgió ante el mundo, armada como Minerva, y en que su primer aliento fué el grito sublime de Yara, que llenó los ecos de la Isla y ensanchó el pecho de todos los cubanos — pudo leer escrita la seguridad de su triunfo en el libro del destino o, si lo queréis mejor, en el libro donde se escriben las causas y los efectos de los sucesos humanos.

En primer lugar, porque tenía el derecho, el santo derecho de insurrección, el único que no se puede quitar a los oprimidos, el que afirmaron en una página de diamante los patriotas inmortales que en 1776 declararon la independencia de los Estados Unidos; pero esto, que es mucho, no es bastante por desgracia; debo decirlo, con dolor pero sin temor de que nadie sinceramente me desmienta. El derecho a veces no es más que una palabra, y en este mundo de luchas, y por tanto de triunfos y derrotas, el derecho no siempre ha bastado para exterminar las legiones del despotismo. En segundo lugar, porque es una revolución nacida en América, es decir, fecundada y sostenida por el principio esencialmente americano, en virtud del cual de este lado del Océano alzarse contra la tiranía y vencerla y ahuyentarla, son dos términos correlativos, dos mitades de una sola verdad. Es un hecho histórico, positivo. En este Continente, cuatro veces mayor que la Europa, no es posible presentar un solo ejemplo de una insurrección vencida por los poderes europeos; Inglaterra en el Norte, Francia en México, Es-

paña en toda ella, las tres naciones marítimas, que por su situación en la ribera atlántica han podido fácilmente enviar al otro lado sus flotas y sus mercenarios, han sido constantemente derrotadas, y sangrientamente burladas sus ambiciosas aspiraciones. España, en particular, ha sido vencida, no una, sino veinte veces, desde el golfo de California hasta el cabo de Hornos, y olvidada de las lecciones de ayer, con la libertad en los labios y en el corazón el mismo espíritu ciego y obstinado de la inquisición y el absolutismo, empeña otra vez la guerra a muerte, embriaga a su pueblo con el viejo, hueco y mentido grito de honra y de integridad nacional y repite en pleno siglo XIX escenas de edades tenebrosas, que parecían para siempre muertas y sepultadas.

Los mismos horrores de otros siglos y otras dominaciones nublan ahora el cielo de Cuba y resuenan en él sílabas inauditas de desesperación; el mismo resultado, por consiguiente, surgirá dentro de breves días.

Ahí están en Cuba, todos los vemos, Morillo y Boves; allí está también el duque de Alba y su Consejo de los Tumultos o tribu-

nales de sangre, pero como vimos la República de las Provincias Unidas de Holanda y vemos hoy las de Perú, Chile, Bolivia, México y tantas otras, veremos dentro de poco la República de Cuba, sin más límites que el mar que la circunda.

En este momento, sin embargo, conciudadanos, no lo hemos hecho todo, algo nos queda por hacer; y si alzamos la voz seguros del triunfo, es fácil descubrir en nuestras palabras la inquieta excitación del combatiente, no la triunfante serenidad del vencedor. Pero, ¿qué es lo que tenemos? Reflexionemos cuánto es y cuánto vale lo que ya poseemos, lo que es nuestro y nadie ya nos quitará. En la Isla, las tres cuartas partes de su territorio, y un año de disciplina militar y de práctica de la libertad; fuera de ella, las simpatías del mundo entero; dentro de nuestro pecho, la afirmación de nuestra Independencia, la resolución inquebrantable de perderlo o ganarlo todo, mil veces, si fuere necesario. ¿Qué más queremos? Y sin embargo, más tenemos.

Tenemos una columna de luz que precede y va a la cabeza de nuestras legiones: la abo-

lición de la esclavitud, decretada y verificada por nosotros; suceso real, cierto, incontrovertible, aunque haya sido un instante desconocido por un gran político americano, cuyo nombre, hace muchos años, vuela por el orbe, gloriosamente asociado a la redención de los esclavos, y cuya mirada de águila, un momento deslumbrada por el rayo que sus mismas pupilas acababan de lanzar sobre la Europa, descubre ya hoy, sin duda alguna, el fanal esplendente de libertad universal que nosotros hemos encendido y que ilumina todo el golfo mexicano.

Todavía tenemos más. Tenemos la memoria, la tradición, el ejemplo glorioso de los mártires que hallaron sangriento sepulcro en el cadalso o en el campo de batalla, y que muriendo han devuelto a la patria la vida que la patria les dió. Nobles, valerosos, heroicos campeones, cuyos nombres, cuya historia son nuestra religión del pasado, nuestra fe del porvenir. Entre tantos compatriotas — algunos de sus nombres están escritos en esos muros — descubre cada uno de nosotros un hermano, un amigo, como descubro yo uno, particularmente querido a

mi corazón, cuya mano estreché, con triste presentimiento, el día que partió para la lid, y que la fama hoy me dice que coronó con su muerte, que sus verdugos quisieron hacer oscura y casi ignominiosa, una vida de afanes y angustias indecibles. Muchos años, todos los que vivió, lo vi combatir sereno contra la áspera adversidad, y hoy lo veo caer, en el dintel mismo de la tierra de promisión, que fué el ansia de toda su vida. Pero ¿por qué lo he de llorar? El, como los demás, estoy seguro de que murió contento y satisfecho. Repose, pues, tranquilo; descansad todos en paz. Del suelo, regado con vuestra sangre, brotarán héroes a millares; y la misma tierra que os envuelve y en cuyo seno yacéis, se levantaría contra el enemigo común, si nosotros no bastásemos a edificar sobre vuestros sepulcros una República independiente, grande y feliz.

IV

DISCURSO PRONUNCIADO POR

Antonio Zambrana

EN EL TEATRO DE LA VICTORIA,
VALPARAISO, REPUBLICA DE CHILE,
EL 10 DE OCTUBRE DE 1874.

Hoy es un día solemne para los cubanos. Hace seis años, en un día como éste, en una hora como ésta, el ilustre mártir Carlos Manuel de Céspedes levantaba con mano llena de brío, con ánimo indomable, con altiva resolución, el pavoroso estandarte de la revuelta en un rincón de la rica, de la floreciente, de la civilizada Isla de Cuba, y para que este grupo de cubanos que se encuentra aquí reunido tenga el derecho de solemnizar en tierra extranjera el 10 de Octubre de 1868 como el comienzo de una época de gloria, de querida y eterna recordación, es necesario que se explique ante el pueblo que nos acoge hospitalario la historia de nuestra desventura y de nuestro heroísmo, que yo os prometo que, cuando haya presentado ante vuestra vista el cuadro dantesco que ofrece en su lucha contra una tiranía salvaje y una obstinación insensata el más desventurado de todos los pueblos, no habrá uno solo de vuestros corazones que no tome parte con

la misma indignación y con el mismo orgullo que el nuestro en esta fiesta de familia en que, evocando los manes de tantos héroes generosos, muertos por la causa de la justicia, vamos a jurar nosotros nuevo pacto de ira infatigable y perenne contra los inicuos mantenedores de la esclavitud de los negros y de la servidumbre de América.

Señores: Es un carácter esencial de los tiempos modernos el culto, aunque sólo sea aparente, de la legitimidad, el respeto, aunque sólo sea afectado, de los principios. Los mismos que los conculcan a cada paso, los tiranos, los conquistadores, pretenden ocuparse sólo del triunfo o de la venganza de los principios cuando se entregan a la corriente de sus ambiciones o de su codicia. Por eso los españoles han clamado tanto, han clamado tan incesantemente que era suyo el derecho, que era la suya la causa de la justicia. Aceptando la doctrina que ellos proclaman, cada nuevo pedazo de la tierra que se descubre poblado por incultas razas, pertenece en eterno feudo a la primera nación que con nombre de civilizada plante en él su bandera, y ya, por grande que sea, por

más que nobles y poderosos pueblos lo habiten, habrá de convertirse para siempre en tierra de infamia en que se nace con el dogal al cuello y con la noche de la servidumbre en el alma, como si no fuera la libertad el sello divino que marca con celeste luz en todos los lugares del mundo y en todas las épocas de la historia los altos hechos del espíritu humano. Los españoles pretenden conservar lo que llaman su territorio, el territorio, ¡ay!, más sagrado para los españoles que el derecho imprescriptible de los pueblos, y si para conservar ese territorio hay que someter a un pueblo entero al tormento de la gleba, si hay que suprimir de la vida social una raza entera, nublando para ella el sol de la justicia, si hay que inventar crímenes nuevos, más odiosos que todos los que encierra el pasado, España no puede vacilar, no puede retroceder en ese camino, porque para ella conservar su territorio es conservar su honra. Pero, señores, ¿es que acudiendo a la tradición, es que recorriendo los diversos períodos de su historia se descubre algo, se encuentra siempre algo que pueda llamarse el territorio de Es-

paña? Colonizada por todas las tribus aventureras que vivieron en la antigüedad, dividida como botín común entre los bárbaros, peleando por los cartagineses contra los romanos, por los romanos contra los cartagineses, conquistada por los árabes, llamándose, cuando empezaron a ser vencidos los moriscos, primero la monarquía de Asturias, después la monarquía de León, más tarde la monarquía de Castilla, partida en pedazos entre los hijos de Fernando el I, como si fuera la propiedad de una familia, poseyendo o no poseyendo la Navarra, poseyendo o no poseyendo la Cataluña, ganando con Felipe II la nación portuguesa, perdiendo con Felipe II los estados flamencos, extendiendo un día su poder sobre media Europa y sobre toda la América para tener después, enclavado en su propio suelo, como una perenne protesta contra la integridad territorial, el pabellón de los ingleses, ¿cuál es el territorio que se llama nacional en España? Si perdiendo el territorio se pierde la honra, ¿adónde está la honra de la nación española?

Y no contentos con invocar la protección

sagrada de un principio, no contentos con ampararse de su divina fuerza, poco satisfechos, sin duda, del fantasma que ellos apellidan su derecho, suponen obrar en nombre del sentimiento más elevado, de uno de los sentimientos más elevados, por lo menos, que han ennoblecido en todos los tiempos el espíritu humano. Es cosa que produce, señores, lástima y horror, ver cómo se califica de patriotismo la codicia torpe, el insensato orgullo, la insaciable ambición que marcaron con eterno estigma la conquista de América, y que están caracterizando ahora la defensa de su posesión por los españoles. El patriotismo es uno de los sentimientos que tiene más altos timbres en la historia; él ha producido los más heroicos hechos, los más nobles sacrificios, las más atrevidas y magnánimas empresas. España lo ha sentido más de una vez ingente y esplendoroso con aplausos y admiración del mundo. El inspiraba a Pelayo cuando se arrojaba de las montañas astures, como se arroja de las oscuras nubes la encendida centella para herir de muerte la dominación extranjera; él inflamaba al Cid cuando arrastró a la

cola de su trotón de guerra la corona de los reyes moriscos vencidos en desigual pelea; él arrojó de la península al agareno; él se ostentó formidable cuando, al sonido del parche y del clarín, desde Galicia y la feroz Cantabria a la región feliz que baña el Bétis con onda de cristal, sintióse como eléctrico movimiento y España revolviendo sobre sus centelleantes sienes su melena de león detuvo con su lanza de hierro a las águilas francesas que habían atravesado en su vuelo triunfante más ancho espacio que las del imperio romano. Pero el patriotismo quiere la grandeza moral de la patria; no quiere, no, su infamia; no la mancha de crímenes, no la sepulta en el abismo de la iniquidad. Ese patriotismo salvaje, innoble en sus propósitos, brutal en sus obras, que convierte en bandido al soldado; ese patriotismo en nombre del cual las legiones de César atormentaron a los galos, exterminaron a los nervios, vendieron como esclavos a los aduáticos, es un sentimiento estrecho, indigno de la civilización moderna, es la más torpe de todas las aberraciones, sería la disculpa de los más negros atentados que re-

cuerda la memoria de los hombres: patriotismo semejante separa la raza en nombre de cuya gloria pretende obrar de la gran comunión humana, y hace de la tierra en que se levanta el antro de una quimera feroz, contra la cual deben desenvainar su espada todos los pueblos.

No, señores, no puede consistir el derecho en mantener para siempre a un pueblo sujeto por la cadena del coloniaje; no puede consistir el patriotismo en ahogar en sangre el clamor de un pueblo desheredado. La personalidad para el individuo — la patria para el pueblo — constituyen la parte más esencial de la vida. La estrechez de la existencia colonial no está de acuerdo con las condiciones de un pueblo adulto, que siente al serlo la fiebre de la iniciativa en su alma. No vamos a hacer aquí el proceso de la dominación española; pero aun cuando no hubiésemos sido los cubanos objeto todos los días de una explotación nueva, aun cuando no se hubieran resucitado en mengua nuestra las ignominias a que los antiguos pueblos guerreros sometían a los vencidos; aun cuando no hubiéramos tenido por obligación

el fanatismo, una prensa con la lengua manchada de mentiras, el pensamiento ceñido por la censura, el comercio ceñido por la aduana, ser conducidos siempre por otros, vivir en irredimible tutela, llamarse americanos y no ser americanos, llamarse españoles y no ser españoles, carecer de historia, vegetar, es destino a que no puede resignarse por largo tiempo un pueblo. Sin voto en los comicios, sin intervención alguna en su propio gobierno, sin otra función política que pagar, silenciosa, enorme y humillante impuesto, Cuba fué entregada sin defensa al sable de los capitanes generales. Inútilmente se empeñaron los cubanos en obtener por la palabra y por la pluma lo que han tenido al fin que decidirse a rescatar por la espada. Se quería la unión con España sobre la base de una legislación justa y generosa. Se pidió de una manera cortés y reverente lo que en todas partes se ha buscado entre el humo y el fragor de las batallas. Se prometió un olvido amoroso para la injusticia, si ésta se reparaba al cabo de alguna manera. Se demostró con números y con incontestables razones que la mayor parte

de las reformas estaban en el interés bien entendido de la Metrópoli. Fué en vano. Era setiembre de 1868. Isabel de Borbón se refugiaba en Francia. En Cádiz se escribía por segunda vez, después de cuarenta y seis años un programa de libertad; pero la ley de hierro a que vivían sometidos los cubanos no sufrió por eso alteración alguna; el telégrafo se apresuró a anunciarlos: nada para ultramar, dijeron los libertadores de la península; aun los que menos esperaban de España experimentaron un estupor profundo. Aquella aurora de la nueva era seguía siendo para nosotros la noche. Se había agotado el sufrimiento. Dudábamos en La Habana qué senda había de seguirse entre las que señalaba la indignación, cuando se oyó en la calma sepulcral de la tiranía el grito valeroso de los patriotas de Oriente. La voz sublime de independencia, como el acento de un formidable clarín, llamaba al combate a los desesperados hijos de Cuba. Se repetía entera, sin vacilación y sin temor, la célebre proclama de la revolución francesa: “Libertad, igualdad, fraternidad, justicia o la muerte.”

En efecto: el 10 de Octubre de 1868, doscientos cubanos mal armados, ocupando los unos la más alta posición social, arrancados los otros de la infamia del trabajo servil, capitaneados por un hombre que había vivido cincuenta años bajo el yugo sin que pudiera acostumbrarse a llevarlo; con una bandera en la mano que había sido ya santificada por la sangre de los cadalsos, se dirigieron a un pueblo pequeño, el más insignificante acaso de todo el departamento oriental de la Isla, pero ilustre para los que amaban la libertad, porque era allí donde fué quemado por los conquistadores el indomable Hatuey, indígena de corazón de bronce, que no quiso convertirse al morir a la religión cristiana, para no ir al cielo, porque le dijeron que en el cielo había españoles. Alzóse, pues, en Yara, el grito de resistencia contra los déspotas, y a aquel inacostumbrado acento, el pálido y tímido adolescente abandonó sus libros sobre la mesa de estudio, el labrador dejó el arado en el surco, el opulento se sintió avergonzado del ocio de la ignorancia, el esclavo no quiso resignarse a vivir más tiempo entre hierros, y

todos volaron, y algunos días después aquellos doscientos hombres eran dos mil, eran seis mil, eran diez mil; aquella tropa desarmada se había convertido en un ejército, y Carlos Manuel de Céspedes se apoderaba de la ciudad de Bayamo, destrozando a sablazos a la parte de la guarnición que resistió, y perdonando a la que se declaró vencida, y al mismo tiempo atacaban Vicente García y Rubalcaba a Las Tunas, Luis Figueredo a Cauto el Embarcadero, Donato Mármol a Jiguaní, Francisco Maceo a Guisa, Esteban Estrada al Dátil, otros a Santa Rita, y Francisco Aguilera y Máximo Gómez derrotaban a las columnas que venían a impedir esta magnífica transformación de las ciudades esclavas en ciudades independientes, y todo el departamento Oriental se irguió como un solo hombre, y en el espacio de una semana ya la bandera española no flotaba sino rodeada de cañones en algún rincón solitario a donde no se había acercado la rebelión; movimiento imponente y magnífico, que avanzando con cierta majestuosa lentitud, hizo que el Camagüey se alzara en armas el 4 de noviembre, que el 7

de febrero de 1869 se lanzaran al campo los patriotas del departamento de Las Villas, y que no estuviera mediado ese año sin que el espectro de la revolución se acercase a La Habana, amenazando desempedrar con su clava las calles de aquellas ciudades vestidas de hierro, en que con ronco alarido se refugiaba espantado el arrogante poder español.

Pero la guerra no puede hacerse sin armas, la guerra no puede hacerse sin pólvora; no bastan la desesperación y el valor para obtener la victoria de los combates. Una conspiración tramada por la inexperiencia a la vista de la más suspicaz de las tiranías y conducida y precipitada por la angustia de insoportable tormento moral, no podía haber proporcionado los medios de contrarrestar en una hora la enorme fuerza acumulada a nuestra costa para mantenernos a la coyunda. Los cubanos, abandonados a sus propios recursos, hubieran sido fácilmente exterminados; pero no se les abandonó. Un hombre que no podía poner sino su espada y su gloria al servicio de la patria en cadenas: un hombre en cuyo elo-

gio es bastante decir que ha peleado durante veinte años de su vida y que al "quién vive" del centinela ha contestado siempre: "Libertad"; el general Quesada, luchando con esos inmensos obstáculos que los redentores de los pueblos encuentran siempre en su camino, pudo conseguir, por un prodigio de empeño y de constancia, armas y pólvora con que fortalecer la rebelión. En frágil barco, apenas suficiente a contener el precioso cargamento; con una tropa de niños, que salieron de las aulas para correr aquella pavorosa aventura; por entre tormentosos mares, perseguido por los cruceros españoles, amparado sólo por su audacia, condujo el general Quesada desde la isla de Providencia la primera expedición de armas y pertrechos que recibieron los patriotas. Permitidme recordar que yo iba también allí, y que siendo sin duda el menos animoso de todos, hubiera muerto con satisfacción y con orgullo en aquella hora por mi bella y desventurada patria. Aún conservo vivo, palpitante, por decirlo así, en la fantasía el cuadro de aquella situación excepcional: aun me parece ver la lona de la nave

hinchada por el rugiente noto; aun me parece contemplar a mis tiernos compañeros, pálidos de resolución y de coraje, aguardando la hora de la batalla, las negras alas del huracán extendidas sobre nuestra frente, y el general Quesada de pie junto al timón, con la bandera de Cuba en la mano, colocado allí como la estatua del valor o como el numen del patriotismo y de la victoria. Y llegamos al fin, en lóbrega noche, al vivo relampaguear de la tormenta, guiados, como por una estrella, por la llama del vivaque encendida en la playa cubana. Allí encontramos nuestros soldados, allí encontramos nuestro pueblo, confundidas las razas, confundidos los sexos, confundidas las edades, rivalizando la ancianidad con la juventud en brío y la mujer con el hombre en fortaleza. ¡Oh!, es necesario sentirlo para comprenderlo: no hay goce que pueda compararse a esta dicha de volver a la patria, cuando se sale de ella con la tristeza de sentirse desarmado y se retorna a aquel hogar heroico con armas para conseguir la gloria y para defender la familia y para ganar la libertad. El general Quesada repartió cui-

dadoso entre los que llegaron primero aquellos fusiles y aquella pólvora, salvados casi por milagro, del espionaje marítimo de los españoles y de la cólera del océano, y aunque apenas acababan de repartirse, noticiosos de su llegada, vinieron los enemigos a arrebatarnos nuestro tesoro; los rechazamos entonces fácilmente, que no era posible desarmar así a los que acababan de combatir con el destino y con la naturaleza. La insurrección armada ya, se hizo gigante, y aunque yo fuera capaz de reteneros aquí con mi palabra todo el largo espacio de esta noche, no tendría nunca tiempo bastante para narraros sus hazañas. Establecióse en ese momento el gobierno republicano. Redactóse la constitución política. Reunióse la cámara legislativa. Ocupó Céspedes la Presidencia de la República y Quesada el mando de nuestro ejército. Y con otras expediciones que Javier Cisneros, Rafael de Quesada y Melchor Agüero condujeron después con más felices circunstancias, aumentada nuestra fuerza, comenzó verdaderamente el duelo tremendo que hace seis años estremece al mundo, porque no hay en el mundo quien se

haya resuelto a prestar su apoyo a la causa de la justicia.

¡Cuánto combate pudiera yo referiros de aquella época de continuo batallar! No hay una sola piedra del suelo sacratísimo de Cuba que no esté ilustrada por el recuerdo de alguna gloriosa contienda; no hay un solo soldado de los que pelean allí que no tenga derecho a la inmortalidad de la fama. ¿Queréis que os hable del ataque? Recordad la Llanada en que, batiéndose por vez primera algunos jóvenes expedicionarios recién llegados a Cuba, vacilaban los nuestros en arrojarse sobre las trincheras españolas, cuando el general Quesada, irguiéndose sobre el caballo y metiéndose bien adentro en las filas enemigas, decidió la acción y se apoderó de todo el campamento español. ¿Queréis que os hable de la defensa? Recordad a Las Minas, donde el general Jordan, extranjero tan noble y tan valiente como Lafayette, resistió el ataque de dos mil españoles, que dejaron trescientos muertos en el campo. ¡Y cuánto hecho ignorado, cuánto oscuro heroísmo, cuánta desconocida grandeza! Julio Sanguily, ilus-

tre inválido, que parece por su blonda cabellera y por su semblante juvenil un paje de la edad media, y que recuerda por los portentos de su valor las hazañas de los libros de caballería; que no puede andar porque tiene los pies atravesados por la bala enemiga, pero que, jinete ideal, combate al frente de su escuadrón, sin que haya aprendido todavía cómo retrocede el valor ante los golpes de la adversa fortuna; Julio Sanguily es hecho prisionero en un instante en que se encontraba solo, por una de esas imprudencias a que lo arrastra su genial intrepidez. Lo sabe el general Agramonte cuando sólo tenía a su lado 35 dragones. Corre sin embargo tras de la columna española; la alcanza; “dígame usted a sus soldados”, dice al divisarla, al jefe de su pequeña tropa, ignorante aún del desgraciado suceso; “dígame usted a sus soldados que el general Sanguily está en poder de esos españoles; que es necesario rescatarlo o morir”; suena el clarín a degüello, los sables relumbran, el choque se verifica, y Julio Sanguily, con una mano de menos pero combatiendo siempre esforzado con el brazo que le

resta, está batallando todavía en las filas cubanas por la gloria y la independencia de la patria. La pólvora se ha consumido, las armas se han roto; cuando algunas legiones españolas han desaparecido, nuevas legiones sedientas de oro y de matanza surcan impacientes el piélago. Quesada y otros muchos tienen que abandonar a Cuba en busca de elementos para pelear. La vergüenza de la derrota y de la fuga tiene que aceptarse, y en esos tiempos, los más oscuros de nuestra historia, combate Vicente García en Las Tunas durante siete días con el general español Ampudia, y no logran las fuerzas enemigas arrancarle de su puesto, disparando con hierro cuando el plomo se ha consumido, aunque las balas de hierro destrozan el arma que las envía y matan a veces al soldado que las dirige; y fabricando la pólvora al mismo tiempo que batalla, para no tener que abandonar por falta de pólvora el rincón del bosque en que tiene al aire desplegada su bandera.

Pero si los recursos de guerra han disminuído, si los insurrectos no pueden ocupar las ciudades, porque las ciudades no se to-

man y se defienden sin cañones, si han tenido que destruir las que poseían, si no cuentan con cincuenta mil soldados, porque no cuentan con cincuenta mil fusiles, ellos forman en el seno de las selvas de Cuba una milicia invencible, que tiene por aliado la naturaleza, porque hasta las piedras de su suelo y los árboles de sus bosques claman en Cuba contra la dominación española. Si los cubanos tuvieran un solo buque de guerra que condujese municiones a las playas de Cuba, si tuvieran un corsario que persiguiese la marina mercante de los españoles, si tuvieran la artillería que se necesita para aceptar el combate en todos los terrenos y arrojar de las ciudades a los que en ella se refugian, si cada un hombre que quiere pelear tuviera un fusil, y cada fusil la provisión de pertrecho que le es indispensable, la cuestión de Cuba estaría de seguro resuelta. El país entero se pronunciaría en masa contra esa dominación que detesta; los cubanos hambrientos de combate, que tienen que vivir hoy a la sombra del pabellón de sus inicuos dominadores, o permanecer en el fondo de los bosques para que los asesi-

nen sin defensa, formarían de prisa nuevos batallones, no menos entusiastas que los que se han batido hasta ahora por la independencia; una corriente eléctrica de patriotismo haría palpitar de un extremo a otro aquel pueblo de valientes, que aún encadenado y sin armas no acertó nunca a disimular su indignación. “No podemos encontrar espías”, decía hace poco el general español Jovellar, “no podemos encontrar espías por caros que los pagemos, y mientras estamos en la ignorancia de lo que ellos meditan, los insurrectos conocen todos nuestros movimientos.” ¡Ah! es que no hay un cubano, por cobarde o por miserable que sea que no profese en su corazón ferviente culto a la bandera de la estrella solitaria. España, que ha dominado tan extensas regiones, que se enorgullece cuando recuerda que se ha manchado las manos con la sangre de todos los pueblos débiles, que fué señora de Italia y de Flandes y de Portugal y de la América, en todas partes ha tenido siervos, en todas partes ha conquistado riquezas; pero en ninguna tuvo hijos, en ninguna tuvo amigos, en ninguna tuvo partidarios. Si Cuba

poseyese elementos para combatir, el combate no sería largo. Ajax pedía luz para derrotar a los dioses; los cubanos no piden la protección de ningún pueblo, no piden aliados, no piden ejércitos, no piden nada de lo que tenían derecho a esperar; quieren sólo que el combate exista, y para que el combate exista necesitan un poco de pólvora, ¿no habrá quien le dé un poco de pólvora a un pueblo que está dispuesto a morir por la libertad?

Si no lo encontrase, si la América latina cuyo magnánimo corazón se ha estremecido siempre con nuestros dolores, contemplase con eterna indiferencia, en el terreno de la acción aquel prolongado suplicio, si olvidan estos pueblos que cuando la libertad bajó de los Andes con las alas del águila, quiso también tender su vuelo sobre la desventurada Cuba, si en esta tierra de bravos el valor ha desaparecido, si cuando en esta hospitalaria tierra pedimos una limosna para la salud de la patria no hemos de encontrar quien admire y reverencie nuestro dolor, los cubanos que en el suelo de la patria trabajan y combaten por ella, que la han lavado con su san-

gre de toda su pasada ignominia, que por la perseverancia con que han sufrido por la causa de la justicia no son ya los amos descorazonados del negro, los miserables esclavos de los españoles, continuarán haciendo de una gran porción de la isla una selva habitada por la tempestad, región hostil, feroz e indomable, en donde nunca dominarán los españoles, y como España no tiene hombres ni dinero para hacer la guerra, como España no puede mantenerse indefinidamente en una posición indecisa, como España sólo porque Cuba es rica pelea y Cuba dejará de ser rica, si la guerra en la misma forma que hoy tiene se prolongare, como cada día seremos nosotros más fuertes y más débiles nuestros contrarios, Cuba alcanzará al cabo a despecho de los adversos hados, de la cobarde frialdad de los extraños, de la criminal indiferencia de los propios, el rango que merece entre las naciones de la tierra y su nombre, menospreciado en el presente, será repetido con entusiasmo y con respeto por las generaciones del porvenir.

¿Cuál es hoy la situación de nuestro ejército? Imponente, invencible, así en las

agrias cuestras de Oriente, como en los amplios llanos del Camagüey, con la pólvora que conquista a machetazos, avanza ya sobre las feraces regiones de Occidente, que explotan aún los españoles. Ningún dique, ninguna barrera pueden oponer éstos al impetuoso torrente revolucionario. España carece en Cuba de verdaderos soldados. No hay un solo regimiento que pueda resistir, dos años siquiera, aquella hostilidad de la Naturaleza que se une allí a la hostilidad del patriota. Los voluntarios de Vizcaya y de Cataluña que con tanta alegría paseaban sus *boinas* por las calles de La Habana, antes de comenzar la campaña, ¿adónde están ahora? ¿Qué cuentas rendirán a las madres los que, halagándolo con tanto funesto engaño, hicieron que abandonase el mancebo su arado o su taller para que fuera a morir sobre los campos de Cuba? Ninguna provincia de España dejó de pagar el ominoso tributo y ahora tiene el general Concha que armar a los negros porque carece de soldados con que combatir a la rebelión. Los mercaderes de La Habana, los negros esclavos, algún aventurero rapaz que sobre

todavía de los que abandonaron el presidio para ir a defender con el general Acosta la bandera española, ¿son esos, por ventura, los soldados capaces de oponerse al paso de nuestras animosas e infatigables huestes? La misma prensa española publica todos los días nuestros triunfos: al través de sus jactanciosas protestas se descubre la conciencia de su derrota. La dominación española se debilita, la dominación española se acaba, la dominación española muere. Pocos o muchos, con pólvora o sin ella, con el auxilio del mundo o ante la indiferencia del mundo, con el apoyo de la América o a pesar de la impasible actitud de la América, nosotros seremos siempre, señores, un pueblo que se debate contra la tiranía y que para quedar victorioso está resuelto a todo lo que el valor y la constancia puedan exigir de los hombres. Si dudáis de nuestra victoria, evocad la sombra de vuestros padres, id a leer en la piedra de sus sepulcros cómo se llega por el camino del heroísmo a los altares de la libertad.

¿Qué significa, señores, la revolución cubana? Significa el derecho que tienen los

pueblos a vivir para sí y a gobernarse por sí mismos, significa que una raza humana, aunque tenga el rostro teñido de tinieblas, tiene el espíritu bañado por la luz inmortal de su celeste origen. ¿Qué significa la dominación española? Significa que los españoles han heredado de los marineros de Cristóbal Colón títulos para tener atada la América, mísero Prometeo, a pilori ignominioso de perpetuo tormento y de perpetua explotación. Y para sostener su causa, ¿cómo pelean los cubanos? Pelean desnudos, pelean descalzos, pelean hambrientos, destruyen sus hogares, abandonan su familia, viven fuera de su tierra, surcan el mar en frágil tabla, mueren entre las olas, mueren en los cadalsos, mueren en los campos de batalla y cuando son victoriosos perdonan muchas veces a sus enemigos. Para sostener su causa, ¿cómo pelean los españoles? Roban, talan, abusan de la fuerza, maltratan a los débiles, asesinan a los desarmados. Los que son más feroces no salen a los campos, pero aguardan con sombría impaciencia la víctima que les entregan sus compañeros, para levantar con alegre clamor el

patíbulo y mantener con sangre nueva la embriaguez delirante, cuyos excesos no podrá repetir la historia horrorizada. Basta un solo rasgo entre mil para presentarnos, como de relieve, frente a frente, ante la mirada de la posteridad. Cuando se estableció en Cuba el gobierno republicano, los patriotas de Las Tunas solemnizaron este triunfo de las ideas con una victoria de las armas, apoderándose de una pequeña fuerza española, después de reñido combate, que dió por resultado quedar en nuestro poder 134 prisioneros de la clase de tropa, el comandante en jefe de la columna y cinco oficiales más, 115 rifles y un cañón. Salió en auxilio de la derrotada una nueva columna; pero la rechazaron los nuestros, haciendo prodigios de valor. Habían cometido ya los españoles en todo el departamento Oriental violencias incalificables y numerosas; no estaban nuestros campamentos acondicionados para servir de cárcel a tantos cautivos; tenerlos a nuestro lado, hacerlos prácticos de nuestros caminos, conocedores de nuestra estrategia, era inferirnos un perjuicio notorio; ellos no podrían amalgamarse con

nosotros ni llevar la vida de campaña a que tiene que resignarse el ejército cubano; devueltos a sus filas, serían de nuevo los verdugos de nuestras familias, los sostenedores de las infamias de un gobierno tan inicuo como sanguinario. Llegó en aquellos momentos a nuestro poder una proclama del general Valmaseda en que elevaba a sistema y confesaba sin disimulo los excesos que desde su llegada a Oriente se estaban perpetrando por sus tropas: "Todo hombre de quince años en adelante que se encuentre fuera de su hacienda, como no acredite un motivo justificado para haberlo hecho, será pasado por las armas; todo caserío donde no campee un lienzo blanco en forma de bandera, reducido a cenizas; las mujeres y los niños que se encuentren fuera de sus viviendas conducidos de grado o por fuerza a Bayamo o a Jiguaní." Esta declaración, muy inferior a los hechos, pero suficientemente salvaje para indicar la naturaleza de la guerra que hacían los españoles, fué comunicada a la Cámara y al gobierno en el mismo día en que los prisioneros de Las Tunas aguardaban la resolución de su des-

tino. El perdón se había ya acordado en secreto. La noticia de la escandalosa conducta observada por el general Valmaseda y sus terminantes declaraciones, no alteraron el propósito de perdonar. El jefe, los oficiales y los soldados que se capturaron en Río Blanco y sus cercanías obtuvieron la vida y la libertad sin condiciones: no era posible acompañar con una cruenta hecatombe el fausto y glorioso establecimiento de las instituciones republicanas.

Señores: voy a concluir. La revolución de Cuba es una lucha a muerte, no es un combate de fórmula, es un combate definitivo. Entre Cuba y España no hay, señores, transacción posible. Cuando en España se estableció la República, cuando Castelar subió al poder, el deseo de una conciliación ganó en el extranjero muchos ánimos. Se veía en el tribuno español el símbolo de una revolución más amplia, más completa, más gloriosa que la revolución del 89: el esclavo iba a ser emancipado, la autonomía de la colonia reconocida, sustituido el amor a la tradicional discordia. Roto para siempre el trono secular en que se habían sentado Isa-

bel II y Fernando VII, ahuyentadas al poderoso exorcismo del orador-presidente entre las negras preocupaciones que como una bandada de aves nocturnas enturbiaban el radiante cielo de España, ¿quién tenía el derecho de interrumpir, con exigencias exageradas e inoportunas, la calma solemne con que debía verificarse este magnífico renovamiento? ¡Vano delirio! Mientras en la feraz Andalucía se entregan a los horrores del comunismo, aspiran a la realización de absurdos sueños y rompen el suelo nacional en mil pedazos para calmar un febril anhelo de independencia, los hijos de la indómita Cantabria fabrican con sus huesos un trono en que puedan sentarse los representantes, los herederos de sus tiranos y riegan con su sangre el árbol del despotismo que parecía que iba a ser arrancado de cuajo en aquella tierra infeliz. Y son estos hombres, son los seides de este partido infando, son los apóstoles y los paladines de estas ideas los que han dominado siempre a Cuba, los que han presidido su destino, los que gobernarán en ella, en tanto que España la guarde, cualquiera que sea la suerte de la Metrópoli.

Para ellos la autoridad del poder central no existe, los capitanes generales, dictadores omnipotentes cuando participan de su credo son míseros y maltratados lacayos cuando se ponen en contradicción con sus ideas. Salmerón, el filósofo; Pi Margall, el austero republicano; Castelar, el gárrulo negrófilo, todos se vieron en la necesidad de obedecer a sus inicuas inspiraciones, de hacer la corte a sus desatinadas doctrinas, y mientras en Navarra y las Vascongadas estaban combatiendo el absolutismo, mientras enviaban ejércitos a las provincias del Norte, dejaban que en su nombre se crucificasen en Cuba las mismas ideas que ellos estaban con tanto entusiasmo defendiendo, como si los principios no fueran absolutos, una sola la civilización, una sola la justicia, como si estuviera destinado el suelo de América a ser el último refugio del pasado, su gente como el esclavo antiguo, espectador entristecido de una nunca alcanzada libertad.

Pero ese no es el destino de la América, esa no puede ser su significación histórica. Para demostrarlo es preciso que no consienta en que haya por más tiempo un mo-

numento y un arsenal del antiguo mundo enclavado en las regiones del nuevo. ¡Ojalá llene pronto la América el deber augusto que las circunstancias imperiosas le imponen!—y quiera el ángel tutelar de Chile armarlo con una de esas resoluciones que hacen que un pueblo se presente en el panteón de la historia coronado de resplandores eternos, para que esta fecha: “el diez de octubre” se escriba junto a la del “dieciocho de septiembre” en los anales de la libertad, y para que se enlace la gloria que circunda el nombre de Yara a la pura gloria de Maipú y de Chacabuco.

V

Eugenio María Hostos

10 DE OCTUBRE

ARTICULO PUBLICADO EN "LA
REVOLUCION", NEW YORK, EL 17 DE
OCTUBRE DE 1874.

No un artículo de periódico, — una arena de combate es lo que falta.

No aquí, en la corruptora emigración; en Cuba, tomando posesión del suelo vedado de la patria, es como esperábamos, como anhelábamos, como exigíamos que se conmemorara esta fecha sacrosanta.

No el patriotismo charlatán, no la literatura engalanada, no la oratoria de los días de fiesta; el patriotismo mudo, la literatura de la conciencia imperativa, la oratoria de los días de luto, es lo que debe inspirar a los revolucionarios.

No son revolucionarios los que, teniendo un deber que cumplir, un propósito que realizar, una alta aspiración que satisfacer, ven pasar horas y días y semanas y meses y años, años enteros, años eternos para la patria mártir, sin sentir otra cosa que la aniquilación del sentimiento, sin idear otra cosa que la muerte de la idea en el cansan-

cio, sin hacer otra cosa que sobornar la conciencia para ahogarla.

No son revolucionarios aquellos cuya tibieza, cuya lentitud, cuya infecundidad de medios y recursos, los declara inferiores al deber.

No son revolucionarios aquellos que no saben llevar a cabo sus propósitos.

No somos revolucionarios los que de la misma grandeza de nuestras aspiraciones no sabemos sacar otro fruto que la estúpida virtud de la paciencia.

No somos revolucionarios los que, a pesar de las congojas diarias, tenemos paciencia para ver con los brazos cruzados, en tanto que chorrea sangre el corazón, pasando inútilmente los días en los que el más leve de los sacrificios aceptados con resignación imbecil, bastaría para hacer poderosa la impotente inercia en que nos desesperamos y nos debilitamos.

El 10 de Octubre ha dejado de ser un día de fiesta.

En tanto que nuestros hermanos del campo de batalla sean tan superiores a nosotros; en tanto que sea para nosotros un re-

mordimiento agudo el recuerdo de la patria que se tarda en socorrer; en tanto que seamos responsables de la idea cuya salvación está en nuestras manos, y cuyos riesgos se palpan desidiosamente, el 10 de Octubre es un día de luto y de tristeza.

Toda la gloria, todo el alborozo de esta fecha, toca a los que han sabido bastarse a sí mismos y hacer lo que su patriotismo heroico les mandaba.

Ellos tienen el derecho de ligar a esta fecha el recuerdo de la patria que han creado. Ellos tienen el derecho de santificar en la una y en la otra su heroísmo.

La fecha es de ellos, la patria es de ellos, porque de ellos ha sido el heroísmo.

Unos cuantos centavos mal contados; unas cuantas tentativas mal logradas; algunos días de desesperación para los fieles a la idea; algunos días de hambre para los incorruptibles a todos los halagos de la emigración; algunos días de cólera sagrada para los mejores — ¿nos dan el derecho de compartir con los creadores de la patria las fruiciones del día que recuerda esa creación?

Es necesario hacer más, y no se hace. Es necesario triunfar, y no se triunfa. Es necesario acabar, y no se acaba.

I

Quédense la maledicencia y las acusaciones personales para los que se miden a sí mismos por los otros, o miden a los otros por sí mismos.

Si era necesario dar expansión a un dolor largamente comprimido, ya pasó la necesidad. Otra más alta se presenta por sí misma en el augusto aniversario de un deber no cumplido todavía.

Se necesita cumplir ese deber. Eso es lo que debemos pensar hoy.

Hace seis años que empezó el martirio de Cuba.

¿Hubiera durado tanto ese martirio, si con más vehemencia, más fe, más constancia y más grandeza en la contrariedad se hubiera antepuesto a todo otro el deseo de socorrer a la patria abandonada?

Ella no ha vacilado un solo instante.

Abnegación igual a la de sus libertadores,

tal vez no la dieron en ejemplo los magnánimos varones que libertaron a todo el Continente. Heroísmo semejante al de nuestros hermanos del campo de batalla, tal vez historia ninguna pueda ofrecerlo al ejemplo de los buenos. Resistencia como la de ellos, a la miseria, al dolor, al desengaño, a la honda tristeza de verse abandonados por el mundo entero, de verse fríamente secundados por sus auxiliares naturales, jamás ha probado hasta qué punto es justiciera la causa que sostienen ellos solos.

Estimulados por su ejemplo, millares de patriotas han clamado mil veces en la emigración forzosa por inscribirse en la lista de los soldados de la patria. Secundados, muchos hombres de abnegación hubieran podido conseguir auxilios de otros pueblos. Aprovechadas, mil ocasiones se han presentado al patriotismo inteligente y diligente.

¿Qué ha faltado?

¿Ha faltado el dinero? Nadie puede decirlo sin deshonra. Lo menos que puede darse en servicio de la patria ensangrentada, en homenaje a una idea perseguida, en oblación a un martirio que intelectual y mo-

ralmente se comparta, es el dinero. Por esencial que éste sea, sólo es sacrificio cuando se sacrifica con él a una familia. También de estos sacrificados hay modelos. Sin necesidad de seguirlos, centenares de cubanos poderosos hubieran podido ofrecer a su patria una parte de los bienes que le deben. Hacerlo, hubiera sido una operación de aritmética vulgar. Cuanto más dinero adelantaran, más progresaría la revolución, más pronto terminaría, más pronto llegaría el día de reembolso del dinero adelantado.

¿No se ha hecho? Pues levántese el rostro para sostener la mirada de los hombres concienzudos de este mundo.

Han faltado otras cosas tan importantes en la revolución como el dinero. Ha faltado fervor; ha faltado oportunidad en los donativos patrióticos; ha faltado elevación de alma; ha faltado el olvido de sí mismos, que es por donde empiezan y concluyen las revoluciones, que es el arma con que se asegura la victoria.

Si ésta dependiera de los esfuerzos exclusivos de los combatientes, no hubiera sido necesario conmemorar fuera de Cuba

tantos aniversarios del día más digno de su vida.

II

Lo hecho por los patriotas combatientes es un milagro de la fe en sí mismos y en su causa.

Ante la aritmética que sólo sabe adicionar, cualquiera de los pueblos hermanos de la América Latina ha resistido más tiempo que el pueblo cubano.

Ante la aritmética que sabe razonar, ninguna revolución que no hubiera tenido los caracteres que honran a la nuestra, hubiera podido resistir tanto tiempo, tanto contra-tiempo, tantas contrariedades, tantas adversidades, tanta indiferencia, tanta iniquidad, tanta fuerza y tanto poder como durante seis años se le han opuesto.

Seis años en la época del vapor y del telégrafo, son años innumerables de otra época.

El telégrafo delata toda empresa, y el vapor se encamina a contrastarla. El telégrafo pone al oído de los opresores trasatlánticos las palpitaciones angustiosas de los

opresores de la Isla, y el vapor ejecuta la orden que conjura un peligro, que salva una circunstancia formidable.

El telégrafo miente todos los días con la palabra embustera del tirano, y todos los días se esparce la noticia falsa del vencimiento de la revolución. Un grave mal. Las revoluciones viven del entusiasmo universal, y no hay entusiasmo que resista a la repetición de noticias de derrotas. El vapor aproxima la víctima al victimario, y siempre que éste ha podido, algunas veces con periodicidad horrenda, ha mandado, quincena tras quincena, millares y millares de soldados. El telégrafo es un medio de discusión universal, y como disponen de él los enemigos, el mundo ha discutido cien mil veces la revolución que ellos le pintan, por una que ha razonado la verdadera revolución que le dan desfigurada. El vapor precipita las transacciones comerciales, y como seguían sosteniéndolas con nuestros enemigos los que pudieron ser nuestros amigos, el interés comercial, que crecía en proporción de la rapidez con que era excitado, se volvía contra nosotros. El telégrafo llevaba

al campo de batalla el confuso rumor de todas las opiniones contradictorias del mundo sobre la revolución, esperanzas de medio día, decepciones que arruinaban en un segundo un edificio de santas ilusiones, voces amigas ahogadas por alaridos enemigos, consejos buenos adulterados por malignas sugerencias, insultos, dicterios, maldiciones, anatemas, en tanto que el vapor no llegaba jamás o no llevaba el concurso requerido y esperado.

Es necesario ponerse mentalmente en esa pavorosa situación, la más trágica en que ha estado jamás pueblo ninguno; él desprovisto de todo; provisto de todas las fuerzas y de todos los recursos de la civilización su enemigo; él abandonado, socorrido el enemigo; él desdeñado, su enemigo adulado por la complicidad de todo el mundo; es necesario ser capaz de sentir todas las agonías de esa agonía de años enteros para saber lo que dura la revolución, para saber cuánto tiempo ha transcurrido, para saber la prueba de portentosa resistencia que dan los combatientes, para apreciar su heroísmo,

para ser dignos de admirar a esos hombres admirables.

No combaten, no resisten, no triunfan contra un enemigo superior en fuerza numérica, en disciplina orgánica, en recursos pecuniarios, militares y sociales; combaten, resisten, triunfan contra las fuerzas ciegas de la naturaleza, utilizadas por la civilización y entregadas por la iniquidad a sus contrarios.

III

Es necesario vivir en un tiempo tan infame como este, dando traspiés en las tinieblas de la injusticia, para no sentir por esos hombres, elevados por sí mismos a la dignidad de hombres completos, toda la entusiasta reverencia, toda la impulsiva admiración que inspiran los capaces de representar heroicamente las virtudes más altas de la humanidad.

Sólo por ser dignos de ellos; sólo por convencernos de nuestra estatura moral, al mirarlos faz a faz, de igual a igual, de bueno a bueno; sólo por acabar de utilizar en la

lucha del bien y por el bien, la vida que se inutiliza en esta congoja infecunda de la emigración; sólo por eso, cuando no por otra causa, nos sentimos capaces y debemos todos sentirnos capaces de elevarnos a la altura del deber.

IV

Mirando frente a frente ese deber; qué diferencia bochornosa entre lo hecho por nuestros hermanos y lo hecho — no lo hecho, lo intentado por nosotros!

Ellos han tomado en sus hombros la tierra deshonrada por sus déspotas, y la han elevado a la categoría de patria. Nosotros hemos estado contando los suspiros que acaso nos costaba, si por acaso nos costaba, la lejanía de la patria nueva.

Ellos han combatido y han callado. Nosotros hemos disputado y exigido.

Ellos han resistido todas las violencias del dolor. Nosotros no hemos sabido resistir las sollicitaciones del placer.

Ellos se han engrandecido. Nosotros nos hemos empequeñecido.

Ellos se han aleccionado en los campos de batalla. Nosotros desatendemos las lecciones que nos da la emigración.

Ellos han hecho mucho y tienen fe. Nosotros no hemos hecho nada y, para hacer algo justo, casi hemos perdido la fe que tuvimos en nosotros.

Ellos mueren para vivir en la memoria de la patria que será. Nosotros vivimos para morir definitivamente en la memoria de la patria que será, de la que es, de que fué.

¡Ea! ¡Conmemoremos, con lágrimas de sangre, el aniversario que con lágrimas de júbilo pudiéramos celebrar en patria propia!

VI

DISCURSO PRONUNCIADO POR

José Martí

EN HARDMAN HALL, NEW YORK,

EL 10 DE OCTUBRE DE 1889.

Cubanos:

Vence en mí el placer de lo que esta noche oigo y veo, al desagrado propio de enseñar la persona inútil, que más que del frío extranjero y del miedo de morir antes de haber cumplido con todo su deber, padece del desorden y descomposición que, con ayuda de nuestros mismos hermanos extraviados, fomenta el déspota hábil para tener mejor sometida a la patria. Lo que veo y oigo no me convida a la elegía, sino al himno. Pero éste es en mí el júbilo de la resurrección, y no el gusto infecundo de la tribuna vocinglera. Con compunción, y no con arrogancia, se debe venir a hablar aquí: que hay algo de vergüenza en la oratoria, en estos tiempos de sobra de palabras y de falta de hechos. Cimientos a la vez que trincheras deben ser las palabras ahora, no torneo literario, mientras nuestro país se desmigaja y se pudre, y los caracteres se vician, y se

pospone a la seguridad personal la de la patria. Tribunal somos nosotros aquí, más que tribuna: tribunal que no ha de olvidar que cumple al juez dar el ejemplo de la virtud cuya falta censura en los demás, y que los que fungen de jueces habrán en su día de ser juzgados. El que tacha a los demás de no fundar, ha de fundar. Entre nosotros, que vivimos libres en el extranjero, el 10 de Octubre no puede ser, como no es hoy, una fiesta amarga de conmemoración, donde vengamos con el rubor en la mejilla y la ceniza en la frente: sino un recuento, y una promesa.

Los que vienen aquí, pelean. Los que hablan, como que hablan la verdad, pelean. Ellos todos han sido elocuentes. Yo sólo no lo podré ser, porque mi palabra no basta a expresar el trastorno, no menos que divino, que en mi alma enamorada de la patria dolorosa, no de la gloria egoísta, han causado las voces de mis compañeros en fe y determinación: la voz del adolescente, vibrante como el clarín, que renueva el juramento de los héroes; la voz de los soldados cívicos que en la hora del combate pusieron a la espada

el genio de hoja, y de puño la ley; la voz del desterrado inquebrantable, que prefiere la penuria del deber oscuro a los aplausos vanos de la patria incompleta y a los falsos honores; la voz sacerdotal del hombre merritorio que en la hora de explosión vió salir a los héroes de la tierra, y salió con ellos, resplandecientes como soles, señalándonos a sus hijos, con el reguero de su sangre, el camino de la tierra prometida. ¡Es morir, es morir, el dolor de no haber compartido aquella existencia sublime! Porque aunque la prudencia nos guíe y acompañe, y tengamos decidido, porque así nos lo manda la virtud patriótica, que nos guíe y acompañe siempre, la verdad es que ya el brazo está cansado de la pluma, y la virtud está cansada de la lengua; que cuando salimos a buscar el aire puro, como remedo de la libertad, nos sorprendemos ensayando nuestros músculos para la arremetida de la batalla.

Sí: aquellos tiempos fueron maravillosos. Hay tiempos de maravilla, en que para restablecer el equilibrio interrumpido por la violación de los derechos esenciales a la paz de los pueblos, aparece la guerra, que es

un ahorro de tiempo y de desdicha, y consume los obstáculos al bienestar del hombre en una conflagración purificadora y necesaria. ¡Delante de nuestras mujeres se puede hablar de guerra!; no así delante de muchos hombres, que de todo se sobrecogen y espantan, y quieren ir en coche a la libertad, sin ver que los problemas de composición de un pueblo que aprendió a leer, sentado sobre el lomo de un siervo, a la sombra del cadalso, no se han de resolver con el consejo del último diario inglés, ni con la tesis recién llegada de los alemanes, ni con el agasajo interesado de un mesnadero de la política de Madrid que sale por las minorías novicias y vanidosas a caza de lanzas, ni con las visiones apetecibles del humo gustoso en que en la dicha de la librería ve el joven próspero desvanecerse su fragante tabaco. A la mujer, para que se resigne, y al hombre, para que piense, se debe hablar de guerra. La desigualdad tremenda con que estaba constituida la sociedad cubana, necesitó de una convulsión para poner en condiciones de vida común los elementos deformes y contradictorios que la componían. Tanta era la

desigualdad, que el primer sacudimiento no bastó para echar a tierra el edificio abominable, y levantar la casa nueva con las ruinas. El observador juicioso estudia el conflicto; se reconoce deudor a la patria de la existencia a que en ella nació; y cuando, por la ineficacia patente y continua de los recursos cuyo ensayo no quiso ni debió turbar, ve comprobada la necesidad de pagar, en cambio de la vida decorosa y el trabajo libre, el tributo de sangre; cuando con el tributo de sangre de una generación, se salvará la patria del exterminio lento; cuando con las virtudes evocadas por la grandeza de la rebelión pueden apagarse, y acaso borrarse, los odios y diferencias que amenazan, tal vez para siglos, al país; cuando el sacrificio es indispensable y útil, marcha sereno al sacrificio, como los héroes del 10 de Octubre, a la luz del incendio de la casa paterna, con sus hijos de la mano.

¡Oh, sí!, aquellos tiempos eran maravillosos. Ahora les tiran piedras los pedantes, y los enanos vestidos de papel se suben sobre los cadáveres de los héroes, para excomulgar a los que están continuando su obra.

¡De un revés de las sombras irritadas se vendrán abajo, si se les quieren oponer, los que tienen por única hueste las huestes de las sombras: los que han intentado dispersarles, en la hora del descanso, las fuerzas de que necesitaban para triunfar, cuando se levanten, como ya se están levantando, sobre la debilidad de los enemigos y el desconcierto de los propios! Aquellas tiempos eran de veras maravillosos. Con ramas de árbol paraban, y echaban atrás, el fusil enemigo; aplicaban a la naturaleza salvaje el ingenio virgen; creaban en la poesía de la libertad la civilización; se confundían en la muerte, porque nada menos que la muerte era necesario para que se confundiesen, el amo y el siervo; el hombre lanudo del Congo y el Benín defendía con su pecho a los hombres del color de sus tiranos, a los que habían sido sus tiranos, y moría a sus pies, enviándoles una mirada de lealtad y de amor: entró la patria, por la acumulación de la guerra, en aquel estado de invención y aislamiento en que los pueblos descubren en sí y ejercitan la originalidad necesaria para juntar en condiciones reales los ele-

mentos vivos que crean la nación; el orden de la familia, los inventos de la industria, las mismas gracias del arte, crecían, espontáneos, con toda la fuerza de la verdad natural, en la punta del machete; pero, “¿somos nosotros?”, se decían aquellos hombres, como si se desconocieran, y andaban como por un mundo superior, felicitándose de hallarse tan grandes, con el poder de la tempestad en la mano y la limpieza del cielo en la conciencia. ¿Y consentiremos en que tanta grandeza venga a ser inútil, y estériles la unión milagrosa y precipitación de tiempos cumplidos en la guerra, y renovados, con caracteres más dañinos que nunca, los recelos y desdenes que preparan suerte tan sombría, si no se curan a tiempo, a la patria que puede levantarse, hábil y pura a la vez, con la potencia unificadora del amor que es la ley de la política como la de la naturaleza, sobre las ruinas, porque no son más que ruinas, que mantiene como con restos de energía la política temible en que la flojedad meticulosa y soberbia compite en vano con el empuje combinado de la codicia y el odio?

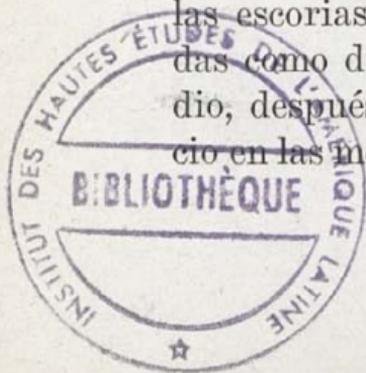
En pie está el templo, con las palmas por

columnas y el cielo de estrellas por techumbre; y los sacerdotes gigantes que vagan creciendo al andar, nos mandan que no lo consintamos! Lo que nos ordenan aquellos brazos alzados, lo que nos suplican aquellos ojos vigilantes, lo que se nos impone como legado ineludible, de aquellos campos en donde a todas horas, por la virtud de los que cayeron en ellos, esplende, como aclarando el camino a los que han de venir, una luz de astros, es que no perpetuemos los odios, ni pongamos más de los que hay, ni convirtamos al neutral en enemigo, ni dejemos ir de la mano a un amigo posible, ni ofendamos más a quienes hemos ofendido ya bastante, ni esperemos para intentar la salvación a que no haya ya fuerzas con que salvarse; sino que nos empeñemos en juntar para la catástrofe inevitable, los elementos refrenados o desunidos por los que no tienen manera de evitar la catástrofe; que creemos cátedras de despreocupar, en vez de olimpos de entresuelo y de sillas de odios; que enseñemos al ignorante infeliz, en vez de llevarlo detrás de nuestras pasiones y envidias, a modo de rebaño; que completemos la obra

de la revolución con el espíritu heroico y evangélico con que la iniciaron nuestros padres, con todos, para el bien de todos; que desechemos, como funesta e indigna de hombres, la libertad ficticia y alevosa que pudiera venirnos por arreglos o ventas, del comerciante extranjero, que con sus manos se conquistó la libertad, y no podría tratar como a iguales, ni como dignos de ella, a los que no supiesen conquistarla. ¿Cuándo se ha levantado una nación con limosneros de derechos? ¡Aquí estamos para cumplir lo que nos mandan, de entre los árboles que nos esperan con nuevos frutos, los ojos que no se cierran, las voces que no se oyen, los brazos alzados!

No es esta noche propicia cuando la mano se nos está yendo sola a la cintura, para disertar como en academia política sobre las razones, dobladas y notorias, de no quitar ya de la cintura la mano: ni hay que refutar, porque de sí misma anda escondida, la idea pretenciosa que en la isla se propala, la cual manda tener por crimen o necesidad toda opinión de cubanos sobre asuntos de Cuba que no alcance la fortuna de ajus-

tarse, como el zapato del zapatero al pie del señor, a la política que con aplauso y satisfacción profunda de sí misma, se ha puesto ¡delante de los que llevan la frente coronada de heridas!, la corona. Todo lo de la patria es propiedad común, y objeto libre e inalienable de la acción y el pensamiento de todo el que haya nacido en Cuba. La patria es dicha de todos, y dolor de todos, y cielo para todos, y no feudo ni capellanía de nadie; y las cosas públicas en que un grupo o partido de cubanos ponga las manos con el mismo derecho indiscutible con que nosotros las ponemos, no son suyas sólo, y de privilegiada propiedad, por virtud sutil y contraria a la naturaleza, sino tan nuestras como suyas; por lo que, cuando las manos no están bien puestas, hay derecho pleno para quitarles de sobre la patria las manos. No hay que refutar ya, arrogancia semejante. Ya se están cayendo las estatuas de polvo; ya se van apagando de sí propias las escorias brillantes que quedaron, vestidas como de oro por la luz del gran incendio, después de la guerra: ya no hay espacio en las mejillas de los pedigüeños para las



bofetadas: ya están cumplidas nuestras profecías, y vencidos por su impotencia y por sus yerros los que osaban tachar de usurpación la tarea nuestra de preparar el país de acuerdo con sus antecedentes y sus elementos, para la acción desesperada que según ellos mismos habría de seguir inevitablemente a la catástrofe de su política. De ningún modo es necesario responder con ira desde aquí — porque si son cubanos que yerran, jamás hemos de olvidar que son cubanos — a los que nos censuran el amor tenaz a nuestras glorias que aun cuando no pasara de amor de contemplación, no sería censurable, sino vital y fecundo, por más que sea preferible acompañarlo de una parte activa en la reedificación de la hemosura cuyo desastre se lamenta: de ningún modo es necesario disculparnos de aquella lealtad del corazón que nos manda ostentar por sobre nuestras cabezas el culto de los que murieron por nosotros. ¡Desventuradó el hijo de Cuba que no lo ostenta; porque en propagar después del sacrificio el culto de los que supieron inmolarse, hay más honra que en haber ostentado en el sombrero, durante la

inmolación, la cinta de hule de los sacrificadores!

No es esta ocasión de preguntarnos si estará bien guardado el espíritu de la revolución por los que pelearon contra ella, o vivieron ante ella indiferentes, o disimularon con una calma constante ante el español sus simpatías infecundas, o la trastornaron, en vez de servirla, con sus ambiciones. El arrepentimiento es un modo de entrar en la virtud: aunque no se concibe que los que llevaban ya barba en aquella hora difícil pudieran con honor dejar de ejercer el patriotismo que les abunda luego en la hora fácil, ni es de uso que los arrepentidos tengan en la casa de la virtud más derecho que los que fueron siempre virtuosos. Ni cabe en el concepto alto del deber patriótico venir a esta tribuna, tan alta que no pueden llegar a ella celos aldeanos ni competencias infantiles, a hacer oficio de matador de moros muertos, y de lanceadores de nuestra propia carne. Ni al convencido, que cayó en su convicción, se le ha de desdeñar aunque milite en campo opuesto, ni halar de la barba que le encaneció en el servicio de sus

ideas: porque hay un campo en que los hombres se dan las manos, que es el de la honradez, donde se respeta, y aún se ama por su virtud, a los adversarios constantes y veraces.

Honra y respeto merece el cubano que crea sinceramente que de España nos puede venir un remedio durable y esencial — porque hay uno, o dos, cubanos que lo creen: honra y respeto el que, en la certidumbre de que un pueblo no ha de disponerse a los horrores de la guerra por el convite romántico de un héroe frustrado, dirija su política; ¡si hay algún previsor ignorado que la dirija! de modo que las fuerzas que garantizarían la paz, más amable que la muerte, caso de que cupiera la paz sana y libre, diesen de sí en la hora de la última necesidad la guerra cordial y breve a que la miseria y el recuerdo de lo que pudo, y la ira de haber confiado en vano, han de llevar forzosamente, por el mismo exceso y extremo de la sumisión, a un pueblo hambriento y desesperanzado que conoce la enredadera silvestre que calma la sed, y el pedernal de los ríos con que se enciende el fuego, y la miel ge-

nerosa de la abeja, que aplaca el hambre y dispone a pelear, y los farallones inexpugnables de la serranía, donde puede hacer cejar al sitiador numeroso un riflero bien arrodillado. Al que se engañe de buena fe, y al que se prepare, sin traición a la política de paz insegura, para atender con el menor desconcierto posible a las consecuencias naturales, en un pueblo empobrecido e infeliz, del fracaso de una tentativa de paz tan inútil como sincera — honra y respeto. Pero al que finja, blanqueando el corazón, aquella creencia en el remedio imposible que afloja las fuerzas indispensables para el remedio final; al que prefiere su bien inseguro, impuro, al servicio franco de la patria, o contribuye con su silencio y su favor, o con la hábil atenuación de sus censuras ostentosas, a prolongar, sin que el remordimiento le muerda, este descanso, ya temible, que el gobernante aprovecha, astuto, para quebrar los últimos huesos al pueblo enviciado, y beberle, con anuencia de los letrados la última sangre; al que oculta a sabiendas la verdad, y promete lo que no cree, con labios prostiuidos, y pretende demorar la obra sana de

la indignación, como si la cólera de un pueblo fuera un dócil criado de mano, hasta que crezca su persona aspirante, o duerman las arcas a buen recaudo, a esos enemigos de la república, a esos aliados convictos del gobierno opresor, ni honra ni respeto!

Pero ¿a qué insistir sobre el engaño, loable en algunos, y criminal en los más; sobre la tibieza, que es culpa de carácter en unos, y en otros de juicio; sobre el interés personal, que ha de ser siempre, por fortuna, entre los cubanos el pecado de los menos — de aquéllos que por sus propios errores, o por equivocación de fe, o por consejo extemporáneo de una pacífica nobleza, están hoy ante el país sin crédito ni valimiento, ni más influjo que el que les ha de dar, por algún tiempo aún, la certidumbre, patente entre sus parciales, de que la confesión de derrota que implicaría su abandono de la política nominal, precipitaría las soluciones de la política real — el desconsuelo, temible en los pueblos pobres—, la guerra, a que no están personalmente preparados? Por eso viven, y nada más que por eso. ¡Hablen con honradez, y digan si viven por más! Al mal que

han hecho es a lo que hay que atender, para remediarlo, y no a los que por error excusable o por dilatada cobardía lo hicieron.

Los tiempos se han cumplido, y cuanto les predijimos, acontece. El miedo no ha resuelto una situación que sólo podía resolver el valor. El amo insolente ha empleado en fortificarse los años que el siervo tímido empleaba en desunir sus huestes y en destruir sus fortalezas. Una jefatura de policía es nuestra patria, con un sargento atrevido a la cabeza. Lo único que ha logrado el Partido Autonomista de veras, porque es lo único que con tesón procuró, ha sido el trastorno de los elementos que a haber estado unidos, como debieran, pudiesen precipitarlos, como fin natural de su política, a la guerra a que sólo tienen derecho a resistirse mientras presenten prueba plena de su capacidad para evitarla. Ya están frente a frente el amo preparado y el siervo sin preparación. Jamás podré olvidar cierta conversación que tuve en mi último destierro a España con uno de los prohombres en quienes más esperanzas tuvieron puesto largo tiempo los caudillos autonomistas; jamás

podré olvidar que luego de haber analizado los factores de nuestra población, y los hábitos y agentes políticos de España, y la urgencia de nuestra necesidad de remedio, y lo que tarda el pueblo español en mudar de hábitos, y de haber deducido, en vista de todo, los sucesos y estado a que habíamos de venir, y hemos venido, “¡Oh, sí!”, me dijo: “Usted tiene razón. Es triste, pero es cierto. Podremos aplazar el resultado; pero el resultado tiene que venir. Allí no cabemos los dos juntos. O ustedes o nosotros.” Y éste es el problema después de diez años: o ellos, o nosotros. Esto me lo decía el prohombre español tendido en su cama, como símbolo de su nación, en pleno mediodía.

Y no es que se nos ocurra negar que en una situación de paz, aunque aparente, haya debido existir un partido de paz, que debió ser aparente también, para ser real y fecundo, y estar en correspondencia con la situación que lo creaba. Ni es que caigamos en el extremo de pedir que el Partido Autonomista, basado en la suficiencia de la paz, tenga una mano puesta en el Parlamento de Madrid y otra en el parlamento silencioso,

por más que anden a cada paso aceptando la posibilidad de que el país, en fuerza de la desesperación, haya de parar en la guerra. Si adelantasen con ánimo igual y determinado, y atención vigilante a la variedad de elementos y delicadeza de los problemas vivos del país, tratando al adversario como auxiliar en lo que lo es naturalmente, como hermano o como amigo al menos al liberto que ha padecido tanto de nosotros, y en nosotros está, y ni por su voluntad ni por la nuestra puede arrancarse de nosotros; si no se valiesen para la revolución de su error natural, de las fuerzas mismas de la revolución — que no es más, en la ciencia política verdadera, que una forma de la evolución, indispensable a veces, por la semejanza u oposición de los factores que se desenvuelven en común, para que el desenvolvimiento se consume; si la guerra que como recurso inevitable, y por razones confusas de patriotismo, interés y hábito de autoridad, podría suceder, con los más amenazados y los más impacientes del Partido, a la confesión, ya poco lejana, de su derrota, fuese aquella guerra de raíz, entera y gene-

rosa, que Cuba, criada en odios y desigualdades, necesita; y si sintiésemos palpitar, bajo los actos necesarios y loables de prudencia aquel espíritu redentor que llevó a la contienda épica a nuestros mártires, e hizo de ellos a la vez héroes y apóstoles — con paciencia, y hasta con júbilo, porque al hombre honrado no le asusta morir esperando en la oscuridad en el servicio de la patria, veríamos adelantar a los que más ilusorios o menos decididos, tardasen en venir a nuestras vías, sin echarles en cara el venir lentamente porque venían fundando.

Qué culpa no será la de los que, para cuando haya llegado la hora de la guerra, en vez de haber conducido su política en previsión de un resultado que son incapaces de evitar y ellos mismos reconocen como posible, tengan al país revuelto y enconado, sin que los de allá, por aquel alejamiento vecino al odio que se les predica para con los de acá, se hayan puesto al habla; sin la simpatía, precursora del acuerdo, con los peninsulares liberales, que ya son muchos más de los que eran, y en ésta como en otras partes pudiera ver la independencia con buenos

ojos; sin el interés fraternal de nuestros libertos, que, a no ser tan nobles como son, y hombres de tanto fuego y libertad como nosotros, pudieran seguir con más agradecimiento, en su afán legítimo de mejora, al español aleccionado que se la ofrece que a los conterráneos incapaces que los desdeñan, por más que todavía palpiten a miles bajo su pecho oscuro los corazones generosos que sostuvieron en sus horas de agonía la guerra pasada, y están hoy, como siempre, con el pie en el estribo, prontos a partir de nuevo a la conquista de la libertad plena de la patria! No es que no debió existir el partido de la paz, sino que no existe como debe ni para lo que debe. Es que jamás ha cumplido con su misión, por el error de su nacimiento híbrido, por falta de grandeza en las miras. Es que no abarca, en la lucha del país contra sus opresores, todos los elementos del país. Es que no han podido allegarse las fuerzas indispensables para el triunfo, ni para el goce pacífico de él, ni para la vida sana de la patria, aun dentro de la libertad incompleta, o desdeña el trato vezraz con todos aquellos que se hubieran pues-

to del lado de la libertad contra España, si hubiese citado a guerra común por la libertad, como debió citar, a los que por culpa de España padecen como nosotros de falta de libertad, y la hubieran defendido, y la defenderán tal vez en el suelo en que nacen sus hijos y en que viven: al andaluz descontento, al isleño oprimido, al gallego liberal, al catalán independiente: ¡somos hombres, además de cubanos, y peleamos por el decoro y la felicidad de los hombres! Es que el Partido Autonomista, por su debilidad, su estrechez y su imprevisión, ha hecho mayores los peligros de la patria.

Y está la patria así, buscando con los ojos el estandarte de las sombras, piafando, sin fe en los que la han aconsejado mal, sin divisar de lejos la luz que le puede ir de nosotros; y a sus puertas el sable del sargento atrevido, que necesita, a fin de salvar su fama, que la guerra surja sin orden ni preparación, para vencerla fácilmente, antes que estalle la guerra definitiva e invencible de la dignidad y la miseria. ¡Y para eso estamos aquí; para evitar con nuestra vigilancia, y con la confianza que a nuestra

patria inspiramos, el estallido de la guerra desordenada, aunque siempre santa; para preparar, con todos, para el bien de todos, la guerra definitiva e invencible; para que si estalla la guerra, por la vehemencia del dolor cubano o la habilidad del español que la provoca, no nos ahoguen al nacer, ni se adueñen de ella los aventureros de espada o de tribuna que espían esas ocasiones de revuelta para salir, sin más riesgo que el de la vida, a la conquista del renombre y del botín; ni se convierta por nuestra incapacidad y desidia en una revolución de clases, para la preponderancia de un cenáculo de amigos, o la liga, henchida de guerras futuras, de los políticos débiles y autoritarios con los déspotas que le salen a la libertad, aquella revolución de amor y de fuego que de su primer abrazo con el hombre echó por tierra rotas para siempre las barreras inicuas y las prisiones de los esclavos!

Lo que hacemos, el silencio lo sabe. Pero eso es lo que debemos hacer todos juntos, los de mañana y los de ayer, los convencidos de siempre y los que se vayan convenciendo; los que preparan y los que rematan, los tra-

bajadores del libro y los trabajadores del tabaco: ¡juntos, pues, de una vez, para hoy y para el porvenir, todos los trabajadores! El tiempo falta. El deber es mucho. El peligro es grande. Es hábil el provocador. Son tenaces, y vigilan y dividen, los ambiciosos. ¡Pues vigilemos nosotros, y anunciemos a la patria agonizante la buena nueva, que ya tarda mucho, de que sus hijos que viven libres en el extranjero han juntado las manos en unión poderosa, y han decidido salvarla!

Un himno siento en mi alma, tan bello que sólo pudiera ser el de la muerte, si no fuese el que me anuncia, con hermosura inefable y deleitosa, que ya vuelven los tiempos de sacrificio grato y de dolor fecundo en que al pie de las palmas que renacen, para dar sombra a los héroes, batallen, luzcan, asombren, expiren, los que creen, por la verdad del cielo descendida sobre sus cabezas, que en el ser continuo que puebla en formas varias el universo, y en la serie de existencias y de edades, asciende antes a la cúspide de la luz, donde el alma plena se embriaga de dicha, el que da su vida en

beneficio de los hombres. Muramos los unos, y prepárense, los que no tengan el derecho de morir, a poner el arma al brazo de los soldados nuevos de nuestra libertad. De pie, como en el borde de una tumba, renovemos el juramento de los héroes.

VII.

DISCURSO PRONUNCIADO POR

Manuel Sanguily

EN CHICKERING HALL, NEW YORK,

EL 10 DE OCTUBRE DE 1895.

Señoras y señores:

Difícilmente logro dominar la profunda impresión que a punto está de anublar mi espíritu y casi me apaga la voz que desfallece en este momento tan solemne y para mí tan grave. Vuelvo la vista a todos lados, reconozco por el recogimiento del numeroso y excelente concurso la grandeza de este acto de conmemoración sagrada, sé, por lo mismo, que estoy despierto, y sin embargo, me figuro que aún no ha pasado la reciente pesadilla, que apenas si acabo de salir de un sueño de dieciocho años, como si hubiese sido yo el durmiente del cuento maravilloso, y que persiste en mí la extraña ilusión de que a mi alrededor nada ha cambiado en tan largo espacio de la vida; sino que las circunstancias y los hombres son los mismos ahora que cuando se cerraban a la luz mis párpados y perdía en letárgico encantamiento la conciencia. Porque me estoy

viendo ahora mismo, de pie, lejos de la tierra querida, en medio de compatriotas emigrados, como cuando al volver del campo de batalla, en 1877, cumpliendo honorífica y muy ardua comisión oficial, solicitaba yo para las necesitadas huestes insurrectas el óbolo de generoso desprendimiento, e invocando la patria comprometida pretendía aunar la abnegación y la magnanimidad para que resueltamente apagasen la antorcha de la discordia en el dintel de nuestros hogares. Entonces, si desconfiaba ya del éxito, era en cambio demasiado joven e inexperto aún, y creía que el mundo como yo reverenciaba de veras la justicia, amaba la libertad al extremo de sostenerla y ampararla, y que no era procedente, que más bien era un sacrilegio dudar siquiera que fuesen algo más que accidentes pasajeros los triunfos ilegítimos y brutales de la fuerza. Entonces también debía sentirme y — ¿por qué no? — me sentía satisfecho. Había cumplido con mi país y con mi conciencia, y al salir del campamento creyendo regresar a él muy pronto, me había sido otorgado el privilegio de derramar mi sangre y conservar la vida, de

sobredurar a las privaciones y los peligros de una década terrible, sin que la guerra se llevara al fin con sus horrores pedazos palpitantes de mi corazón. ¡Ah!, sí, porque él había estado y estaba entonces todavía junto a mí, como nuncio de esperanza consoladora y testimonio de merecida victoria, que por su aspecto delicado y juvenil, su rostro risueño, su belleza romántica, a la manera de la de los típicos donceles de los tiempos feudales, y sobre todo por sus hazañas recientes, sus miembros rotos y atrofiados por el plomo de los combates; por el recuerdo vivaz de las fantásticas cargas en que iba delantero siempre, aunque sólo tenía un brazo para dictar a los suyos la arremetida incontrastable; por el prestigio que circundaba tan noble mocedad y tan estoico sufrimiento alegremente consagrados a las más atrevidas y temerosas empresas, aquel ilustre inválido parecía a la contemplación enternecida y asombrada de propios y de extraños la encarnación angélica de la virtud cubana, la imagen luminosa del heroísmo revolucionario. Y como si a pesar de tantas analogías entre ésta y la edad pasada de-

biera yo disipar las ilusiones de un instante para volver a la realidad amarga y trágica, en vano le busco angustiado, porque él no está aquí, ni la trompa de la Fama, al pregonar ahora el nombre de los héroes de la guerra, tampoco resuena anunciando sus proezas en el llano, otra vez estremecido por el galope marcial de los corceles. Detrás de los hierros de un calabozo veo desde aquí, como león enjaulado, al guerrero encanecido que triste suspira al rumor de la creciente lucha, sumido en melancólicos ensueños, o al revivir desesperado la epopeya de su gloria de patriota, enfrente de las humanas ingratitudes e iniquidades, y ante el vario girar de la fortuna, alza al cielo la misma mano destrozada que un día se extendió para percibir una limosna con que socorrer a la Revolución agonizante, pidiendo en su actual inmerecido infortunio a sus enemigos respeto y a sus compatriotas amor.

Empero han pasado dieciocho años: el mundo nos había olvidado, había olvidado nuestro largo martirio, nuestro épico luchar por la emancipación del esclavo y la redención de la patria, y acaso no quedaba ya de

nosotros sino la vaga y desdeñosa reminiscencia de una lucha estéril. Un período de calma aparente y de reacción escéptica había sucedido a la guerra desoladora. La sociedad inmediatamente aparecía distinta: en la primera hora de esa renovación inesperada, aún se celebraba el valor con que los insurrectos combatieron, su resistencia asombrosa a la fatiga, su inmensa resignación en la miseria; pero al cabo se consideraba funesta la Revolución, y cuanto ocurrió después, las transformaciones de mera forma, y aun la grande y única transformación fundamental de la condición más íntima del país, se atribuyeron a los españoles, cuando cabalmente contra su resistencia a realizarlas se había alzado casi inerte el pueblo cubano.

No ha habido nunca motivo más hondo de legítimo abatimiento y de pesar para un pueblo generoso, que ese espectáculo de su vilipendio, que ver cómo se le declaraba insensato o estúpido, pues que por todas partes oía decir que había sido impaciente y violento sin reflexionar que se sacrificaba por lo mismo que le hubieran otorgado gra-

ciosamente. De esa manera el heroísmo resultaba una enfermedad lastimosa, la virtud un desatino, la aspiración un crimen. ¿Quién podía pensar en el pasado sin confusión, en el porvenir sin certidumbre? ¿Quién habría de pedir al país desconcertado que volviese a sacrificarse por lo incierto y lo desconocido si, a su vista, sus mismas todavía frescas cicatrices no merecían sino el desdén aristocrático de la grave sabiduría, la compasión de sus nuevos mentores, si ya éstos proclamaban sin miramiento — y como si a virtud de muy serios y especiales estudios pudiesen estar absolutamente convencidos — que el revolucionario que sacrifica por el ideal sus intereses, y el reaccionario que sacrifica a sus intereses el ideal, eran dos gemelos satánicos engendrados en la perversión de la conciencia social, dos especies afines de criminales o enfermos, dignos, por ende, del hospital o de la horca?

La paz impuesta por la razón, el orden impuesto por la ciencia debían reinar y reinaban en todos los ámbitos del país. El pueblo estaba sujeto, acaso domado: el gobierno lo vigilaba con sus tropas; los conservado-

res lo acorralaban desconfiados con sus huestes en acecho; los autonomistas lo adornaban entre endechas y barcarolas de esperanzas mentirosas con el miraje deslumbrante del oasis siempre fugitivo y lejano; pero de repente, ante el mundo atónito, se renuevan y reproducen, en una resurrección casi milagrosa, los tiempos abominados y augustos, como si la lucha no hubiese cesado, o como si las generaciones muertas saliesen de sus tumbas, como si lo que creíamos la derrota no fuese sino el descanso necesario y reparador, y tras el receso tan prolongado, los ecos de la tierra repiten en un clamor inmenso de vida las memorias gloriosas y las soberbias esperanzas del pueblo cubano. ¡Ah!, sí, descansaba no más; descansaba de su sobrehumana fatiga de matar y de morir por la honra, por la libertad y por la justicia; descansaba de medio siglo de trabajos siempre estériles, mas siempre proseguídos; restañaba dolorido y silencioso las mil fuentes por donde perdió un raudal de sangre generosa con que lavó todas las impurezas de su historia, y, como en Jordán sagrado, se purificó del contagio de

crímenes ajenos perpetrados en su nombre; se restauraba despacio de diez años de mucha hambre, de absoluta desnudez, de miseria incomparable y sublime, y depauperado, extenuado, caído en la gran encrucijada del mundo nuevo por haber pretendido completarlo y enaltecerlo, solitario en su soberana quimera, resignado en desalentador abandono e inmerecido vencimiento, parecía haber muerto: sus falsos amigos lo menospreciaban; sus vencedores apuraban, despreocupados ya, la copa espumante del festín de sangre, cuando vieron de improviso que aquel de quien creyeron que había concluído de una vez volvía indomable a la tarea interrumpida, que en el estercolero del despreciado leproso se alzaba repuesto titán y, vengador celeste, recogía el terrible acero medio oculto y abandonado hasta entonces entre las frías cenizas, para hacerlo centellar en el horizonte americano como un cometa de apocalípticos presagios.

Y he aquí cómo la obra colosal a que uniera su nombre Carlos Manuel de Céspedes, que él comenzara un día como hoy, glorioso e inmortal, no quedó paralizada; sino que

era empeño demasiado vasto, complicado y difícil para que hubiera podido realizarlo una sola generación. Abrió él un nuevo grandioso horizonte, inició una empresa estupenda; los que se le unieron o acudieron en su ayuda tuvieron a la postre que ceder dejándola incompleta; pero dejando también, como herencia santa, a las generaciones sucesivas, el deber ineludible de continuarla y rematarla. Los émulos del resuelto caudillo, los restos del gran naufragio, desparramados por todos los rumbos del planeta, una vez más se conciertan y reúnen agrupando en torno suyo a las generaciones nuevas, y este concurso sorprendente de la experiencia, de la fe y del entusiasmo realiza y confirma la unidad de nuestro espíritu y nuestra historia revelando la poderosa alma del pueblo cubano que al través de vicisitudes tan extremas como misteriosas prepara su advenimiento a la nacionalidad y a la vida universal.

Por eso al invocar con reverencia y con orgullo el nombre venerado de ese varón que tan profunda huella imprimiera en nuestro corazón y nuestra memoria, recuer-

do por fuerza, con el pesar que despierta la contemplación del vario y comúnmente infortunado destino de los hombres superiores, que en aquella época de relativa despreocupación moral, cuando la conciencia cubana había renunciado en apariencia a un ideal que se condenaba con insidia a todas horas como utopía calenturienta y enfermiza, los que sin embargo le rendíamos — bien que atribulados — secreto culto, oíamos confusamente, al llegar este día, cual vago e indefinible murmullo, las promesas y las amenazas de grupos aislados de cubanos pobres que muy a lo lejos invocaban la antigua gloria y confiaban todavía en su renovación y su eficacia redentora. El mar, de vez en cuando, sosegaba en sordina melodiosa la hirviente palpitación de su oleaje, como si quisiera dejarnos oír juramentos que se tenían por inútiles y votos que se creían perdidos, y alguna vez también la gente conforme o satisfecha a quien irritaba la importuna repetición, año tras año, de esa protesta baldía y tenaz en la quimera, solía volver los ojos hacia acá preguntando quién era el insensato que se afanaba por

resucitar los muertos y no se avergonzaba de anunciar como un profeta el triunfo de la República en una colonia monárquica de España. Yo le busqué también entonces, no para maldecir su nombre y sus intentos, sino para lamentar compadecido su infortunio, cuya amargura había a mi turno saboreado sin consuelo, el infortunio de esos hombres que sus contemporáneos desdeñan a menudo por delirantes o ilusos, pero que luego, si caen empuñando la enseña salvadora, que es cuando suelen triunfar, reciben el póstumo tributo de la admiración humana, las aclamaciones de los pueblos, que al fin reconocen su grandeza, como excelsos representantes de una raza, como encarnaciones divinas del espíritu, como los predestinados y los mejores.

En esas agapas de los creyentes escarnecidos, el nombre de Céspedes estaba en sus labios, que manaban la miel de la esperanza, durante estas noches de aniversario, y de ahora para lo sucesivo el suyo propio, consagrado ya por glorioso sacrificio, irá confundido en el respetuoso amor de los cubanos al del mártir venerable..., a ése sólo no,

que nuestra historia no comienza en la fulgurante madrugada de aquel 10 de octubre de 1868!... Volved la mente con unción a muchos años atrás todavía, cuando aún no habíamos venido tantos de nosotros a la luz siniestra de la colonia, y evocad las sombras irritadas que palpitan y sostienen nuestro anhelo en el fondo tenebroso de nuestra conciencia... esos fantasmas imponentes que son los obreros de nuestro sentimiento colectivo, que han forjado en el misterio insondable el alma con que vivimos inconformes, el ansia con que aspiramos, la angustia por el ideal siempre vacilante o desvanecido; porque cada una ha ido sembrando en el suelo profanado de Cuba simientes de virtud, gérmenes fecundos de vida nacional y soberana, abonándolos con la savia de su existencia atormentada, mientras pasaban por nuestro horizonte moral en desfile interminable y majestuoso.

¡Ay!, tantos muertos amados que acuden en legión aterradora a la memoria, con espanto de la razón y para eterna maldición de los tiranos, no se equivocaron, no pudieron equivocarse... Preguntadlo, si no, a

nuestros héroes queridos, a nuestros mártires sublimes; acercaos al cadalso en que aún levanta la cabeza el anciano patriarca, al patíbulo en que sonríe aún el adolescente indomable, y entre espesos vapores de lágrimas que todavía no se han secado, de sangre que humea, entre los sollozos y los ayes de los hogares enlutados, os contestarán que los insensatos y los necios son únicamente los viles; que la razón nunca puede estar con los que remachan cadenas, sino con los que se empeñan indignados en romperlas; que el derecho y el patriotismo no consisten en permanecer sumisos por la fuerza y llamar sabiduría al desaliento cobarde y virtud al egoísmo desalmado; que la justicia impone la rebelión permanente contra el tormento y el vilipendio..., aunque perezcan los tesoros amontonados en la infamia; aunque se desmorone la casa en que los abuelos se abrigaron y por los aires vuele deshecha la cuna en que se mecieron los nietos; aunque se desquicie la patria estrujada... aunque desaparezca el planeta abominable en un torbellino de tinieblas!

Y si esta creencia fuese un vano delirio,

si encerrase algún vicio capital por su misma tensión lógica, demasiado extremada y absoluta para las resistencias humanas, juzgad de su excelencia por su misma eficacia y su grandeza, que han dignificado a los pueblos y propulsado a la humanidad, pre-dispuesta por las sollicitaciones más enervantes al abatimiento y la servidumbre, y comparadla con la miserable panacea de los que amparándose indebidamente de la razón y de la experiencia, al pálido fulgor de principios doctrinarios e infecundos sólo pretenden que su pueblo infeliz sufra paciente el pesado yugo un día más, un año más, indefinidamente, a cambio de promesas de reparación y de ventura que casi nunca se realizan.

Céspedes no se había engañado tampoco. Inspirándose en la leyenda de nuestra alma, en la tradición de nuestros dolores, tuvo fe en su pueblo decaído, y en la justicia de su causa, por lo que un día inolvidable llamó en la sombra a los dormidos, los juntó alrededor de su caballo de guerra, les señaló el horizonte nuevo, sombrío pero inmenso, y volviendo con resolución la espalda al pa-

sado, se lanzó delante de todos, camino del porvenir. Durante la larga y angustiosa jornada se vió una vez sorprendido y rodeado por feroz jauría de enemigos que husmeaban su huella: estaba desamparado, ya viejo, casi ciego, mas no podía consentir que a él, encarnación soberana de la sublime rebeldía, le llevaran en triunfo los españoles, preso y amarrado como un delincuente, y así aceptó solo, aunque por breves momentos, el gran combate de su pueblo, mientras ganaba la selva cercana, envuelto por el humo de sus detonaciones; pero había llegado al borde de alto barranco; acorralado, perdido, no vacila en el instante supremo, se ofrece al porvenir como ejemplo magnífico de fortaleza, se ofrenda a la patria en holocausto, y con el corazón destrozado por su propia mano en el último disparo, desaparece en el foso, como un sol de llamas que se hunde en el abismo.

El último rayo de ese eclipse vibró largo tiempo al través de nuestros desastres y en el silencio de la derrota, y fué a encender en el alma ardiente de Martí el ascua de la fe salvadora, que había de crecer más tarde

y producir el pavoroso incendio. Porque el mérito singular, extraordinario de Martí, ha consistido, no precisamente en el caudal inagotable de sus ideas, en su fogosa imaginación, en su peculiar pero altísima oratoria, en sus aptitudes diversas y asombrosas, en su habilidad y poderío para mover a los hombres; consiste, mejor dicho, en todas esas excelencias juntas, que ya bastan para que fuese un ser privilegiado; pero consiste, por encima de todo, en que tuvo también confianza en el pueblo cubano y fe inextinguible en sus destinos superiores, y tan convencida, tan sincera, que consagró los últimos años en que vivió como un vértigo, el vigor de su recia naturaleza, la fuerza de su atrevida inteligencia, la energía de su voluntad de acero en despertarlo de lo que él creía, de lo que era realmente el abyecto letargo colonial, para mostrarle transportado las claridades de un nuevo mundo, las seducciones de un porvenir mejor y más noble, convirtiendo de este modo su destino personal en un apostolado de redención y de esperanza.

El fué quien por derecho propio, y por

ningún otro cubano disputado, por fuero de su excelsa originalidad en nuestra historia contemporánea, estuvo en el extremo opuesto, en el punto de oposición y de contraste, respecto a los políticos de nuestro país, durante estos últimos años de la paz armada. Ha sido su negación más absoluta y justificada, y el pueblo cubano acaba de darle la razón; el mundo civilizado, la América libre, particularmente, se la dan también, como la conciencia moral, como la humana dignidad, ante la mísera dependencia y dura explotación de Cuba, se la daban de antemano.

Un año y otro año se reunía en suelo extranjero un puñado de emigrados modestos, para celebrar el aniversario de la sublevación de 1868, mientras hendiendo las olas llegaba desde las costas cubanas la algazara de los autonomistas, obcecados que paseaban de un extremo a otro de la Isla, la bandera española, proclamándola y bendiciéndola sin escrúpulo, como símbolo fulgente de libertad, de civilización y paz. El contraste no podía ser más violento. Se necesitaba un corazón de bronce para no desmayar, y Martí no desmayó. Cada nuevo

aniversario volvían a congregarse los escasos iniciados para oír su palabra fortificante, como las primeras ocultas comunidades cristianas dispersas por la Siria para escuchar las admoniciones de su apóstol, y esperar y confiar. Y aquel cubano insigne, como el enérgico y ubicuo San Pablo, acudía donde quiera que pudiese encontrar hombres fuertes que le secundaran o desalentados a quienes fortalecer y reanimar, y después de peregrinar por el Continente, siempre infatigable y siempre esperanzado, convocó a los más humildes para predicarles la buena nueva. Al volver del Sur, del islote remoto, de la extremidad de la península floridana, hace muy poco más de tres años cumplidos, citó a sus paisanos residentes en esta ciudad para una reunión, donde pronunció un discurso, que corre impreso y que merece el nombre de *oración* con que lo calificara, quizás por su tema para él sagrado, que fué la impresión de seguridad, la confianza serena en la Revolución y en la Independencia que le había infundido el conocimiento inmediato de los obreros cubanos del Mediodía.

¡Ah!, yo no he podido leer ese discurso sin emoción extraordinaria: allí estampó cuanto había en su espíritu apasionado; allí hay presentimientos que estremecen, y que se han cumplido; allí muestra los caracteres del genio que rasga con mirada celeste las nubes del porvenir; allí revela la vaga conciencia de su predestinación, y asienta como embelesado y extático de esperanza, los nobilísimos fundamentos de su fe: “Y aún tiemblo — decía en ése que parece un testamento político — de la dicha de haber visto la mayor suma de virtud que me haya sido dado ver entre los hombres, en los hombres de mi patria. Lo que tengo que decir, antes que se me apague la voz y mi corazón cese de latir en este mundo, es que mi patria posee todas las virtudes necesarias para la conquista y el mantenimiento de la libertad.”

Recordad también sus postreras declaraciones de Guantánamo, porque insiste todavía, como justificación del alzamiento, en su creencia fundamental, no sólo de que “el pueblo cubano tiene ya el valor y el carácter suficientes para gobernarse por sí”, sino

aún de que sus aptitudes son “superiores a las de España para responder a las exigencias de la vida moderna y organizar un gobierno libre”.

Los liberales de nuestro país, que — alardeando confianza a cada paso desmentida en la realización de su programa bajo la legalidad y por la justificación de España — menospreciaban por despecho, por orgullo, o por estrecho espíritu de secta, al ilustre patriota, procedieron no obstante del mismo modo que él, aunque pensando diametralmente lo contrario respecto a aquellas proposiciones cardinales de su política, y, como él, fiaron el triunfo de sus ideas a la eficacia de la propaganda; por donde el uno y los otros, repeliéndose aparentemente, coincidieron en un solo y el mismo resultado; pues que al cabo y en definitiva la propaganda de Martí fué muy limitada, tuvo por teatro la tierra extranjera, sirvió para fundar el Partido Revolucionario; pero no hubiera sido suficiente para producir en la Isla de Cuba una revolución tan vasta como la que a estas horas amenaza de muerte a la dominación española, si aquella revolu-

ción no hubiera estado preparada ya y arraigada en la conciencia y en el corazón del pueblo. El factor más poderoso de la Revolución, bien que partiendo de principios opuestos a los que inspiraban a los conspiradores cubanos, y con tendencias muy diversas, el auxiliar más eficiente de la propaganda apostólica de Martí — y no os asombre como una novedad lo que testifican la razón y los hechos históricos — fué sin duda la constante y magnífica propaganda autonomista.

Yo sé que el Partido Autonomista protestaría rechazando con violencia esa solidaridad indiscutible, esa labor común en que todos pusimos nuestras manos, su evidente decisiva participación en la obra revolucionaria; pero la verdad es que ambas influencias se completaron y tenían que completarse, produciendo una sola resultante. Partido de oposición, el Partido Autonomista ha sido también y muy esencialmente, un partido revolucionario. Fijaos bien, y habréis de convenir en que su programa implicaba un cambio radical, la transformación íntima de la estructura misma del país cubano, a par

y como derivación de la transformación íntima del espíritu español. Aspiraba a que cambiase en lo más hondo el espíritu del pueblo español para que por su propia voluntad y a virtud de su propio poderío como dueño y señor de la Isla, quisiera alguna vez cambiar por completo la estructura del país cubano. Y decidme ahora si esa pretensión no es un error pasmoso, si no es la más delirante y enfermiza de las utopías, si tienen derecho sus mantenedores a tildar de locos y de criminales a los que han sostenido siempre que semejante empeño es absolutamente irrealizable, que equivale a una Revolución más difícil, más compleja, más dilatada — aún si fuese hacedera — que la Revolución que depende sólo del corazón del pueblo cubano y consiste en decidirlo a luchar por su independencia; porque convencer a los cubanos de que deben propugnar por su autonomía absoluta e incondicional, cuando su historia, sus sentimientos, sus aspiraciones, el ambiente físico, moral y político en que respiran y se nutren, los progresos mismos del espíritu humano tienden a ese resultado más o menos aceleradamente,

es empresa tan digna de intentarse que ya véis, ya ve el mundo todo, cómo demuestran estar convencidos al extremo de no vacilar una vez más en tiempo tan corto, ni ante la muerte, ni ante la ruina; mientras que es una verdadera demencia, un síntoma de degeneración intelectual o de deformación moral, no ya declarar un absurdo como la razón de ser de una agrupación política, figurarse siquiera que cuatro o seis oradores cubanos, más o menos hábiles en el manejo del sofisma, serían capaces de convertir a un pueblo de retóricos y sofistas, que un puñado de hombres indolentes y casi desvalidos, a mil quinientas leguas de distancia, o sumergidos en un océano de diputados y senadores incapaces y desmoralizados, pero que ahogarían los lamentos desalentados de colonos anémicos y extravagantes con el vocerío de los intereses ya creados, pudieran nunca contrarrestar la acción de la historia y de la herencia que se refleja en el carácter, las ideas y las necesidades de las naciones, productos complicados y fatales de los siglos y que sólo los siglos pueden modificar.

Basta esta razón para comprender que la

propaganda autonomista tenía que ser y fué positivamente estéril en cuanto a esa soñada e imposible transformación del espíritu español; pero fué en sumo grado eficaz para transformar, aun sin quererlo, el espíritu cubano, por obrar en el primer caso en oposición inútil a la historia y a la naturaleza de las cosas, y en el segundo conforme a la naturaleza de las cosas y a la historia. Porque la propaganda autonomista se ejercitaba inmediatamente sobre el sentimiento y la inteligencia de los cubanos. Bajo el dosel de la bandera española encendió un foco de luz ardiente que habría de consumirla al poner al descubierto, como un baldón, sus manchas imborrables. El pueblo inconforme e impacientado se amontonaba continuamente alrededor de la tribuna autonomista, y la gran inteligencia y la palabra prodigiosa de aquellos eximios oradores derramaba claridad tan viva, que todos pudieron ver con horror cómo aquel organismo estaba gangrenado en sus entrañas mismas; mas para convencerse de que los remedios indispensables eran urgentes, y no podían consistir en paliativos tardíos, sino en ex-

tirpaciones radicales y heroicas. El análisis tremendo, la disección implacable a que el Partido Autonomista consagró durante dieciocho años los esfuerzos de su patriotismo y los recursos de su cultura, produjeron en el auditorio aleccionado, que era la inmensa mayoría de la población, el convencimiento de que España explotaba, desangraba, arruinaba a la Isla de Cuba, fría, calculada, tenaz, inquebrantablemente. Ofrecerle a ese pueblo como único remedio de sus males profundos e inveterados, que esperase a que sus explotadores algún día se decidiesen por sí mismos a no explotarlo más, o era un sarcasmo, o era una perfidia, o era una vileza. Acaso ninguno de estos extremos inconcebibles: aunque el hecho es que los autonomistas establecían y demostraban hasta la evidencia una premisa formidable — que la Isla de Cuba agoniza bajo la dominación española—; pero se detenían ante su consecuencia lógica para sostener, en cambio, el sofisma desastroso y abominable de que, por lo mismo, debe permanecer perpetuamente sometida a la dominación española, cuando la única legítima consecuencia se

compendia en la fórmula clara y la franca divisa de la Revolución, que acabe de una vez en Cuba la dominación española!

La diferencia verdadera, como habréis notado, que separa a los revolucionarios de los autonomistas depende sólo de que, fundándose ambos en los mismos hechos para asentar iguales premisas, los últimos adulteran y falsean la consecuencia, tal vez porque alguna deficiencia moral los detenga ante la lógica, que en la vida política suele imponer el deber del sacrificio; pero Martí fué lógico en el pensamiento lo mismo que en la conducta, y en esa unidad de su vida y de su espíritu, de su voluntad y de su obra, se funda su grandeza: bajó de la tribuna después de haber desatado desde ella la tempestad; en el momento más crítico, uniéndose al veterano de nuestras grandes victorias para sellar la alianza de las nuevas con las viejas generaciones, se embarca a la ventura, boga perdido e impaciente por entre archipiélagos desiertos, cruza el estrecho peligroso en minúsculo esquife, pisa al fin la tierra sagrada, reanima a su paso la confianza, aviva la fe, y, en breves días, al tro-

pezar por la primera vez con los enemigos de su patria, siente surgir en su corazón la cólera inmensa de su pueblo, y estremecido, despeña con furiosa espuela su caballo, como viviente alud contra la masa tonante, que se abre en cráter de fuego donde, envuelto en llamarada de relámpagos, se hunde con estrépito el centauro arrebatado!

Cayó como únicamente podía desaparecer del mundo de los vivos quien llevaba en su gigante fantasía el peso abrumador de un mundo de muertos; pero cayó cuando ya había conjurado la falange de los héroes fundadores, que acudían presurosos guiados por la fulguración de su hundimiento. Sí, ya era tiempo: aquel hombre de la iniciativa comprometida, el magnánimo Masó, coronada la noble frente por el halo de dos revoluciones, digno de presidir a un pueblo augusto, y por la lealtad caballeresca y la firmeza majestuosa, no inferior en modo alguno al varón más alto de la América, sin elementos para resistir, oyendo doquiera el anuncio de repetidos desastres, asediado por la intriga y amenazado — junto a la tumba del imponente Moncada — de ruinoso aislamiento,

vislumbraba ya la muerte o el destierro para él y su compañero el experto Rabí, como único galardón a su confianza y su hidalguía, cuando alcanzó a ver como en un rompimiento de apoteosis, que a la cabeza de espartana hueste caía Crombet escalando la montaña, mientras en la cresta empinada ambos hermanos Maceo asomaban formidables, como el primer esfuerzo de la victoria. Y luego sobrevino la conflagración universal: la sociedad cubana desoyendo el canto desafinado de las sirenas, se lanzó resuelta a la gran cruzada, confundidos en un solo espíritu, en un mismo voto de independencia, los elementos más heterogéneos, y el negro y el blanco, el bandido y el caballero, el labrador y el artista, identificados, purificados por la eficacia del sacrificio, proclamaron ante el mundo la gran aparición en el continente republicano de una nueva nacionalidad. El pasado en ellos revive con la fe de los mártires, con la magnanimidad de los héroes; ya Oriente consagra y repite las hazañas de sus muertos adalides en la denominación de los nuevos denodados batallones; ya en Las Villas vuelven a ver la

sombra de Angel Castillo descansando sobre el cañón humeante que arrebató a la columna derrotada; ya el Camagüey vuelve a ver erecta y magnífica la sombra protectora de su Agramonte soberano rescatando al amigo prisionero e imponiendo al destino adverso la estoica inflexibilidad del deber!

Y aquellos brazos robustos del pueblo que se habían forjado con el perverso designio de impedir la Revolución, la sostienen ahora, con asombro de los que no vieron, como Céspedes y como Martí, que en el arcano de nuestro destino, en la sombra fecunda, los grandes luchadores que en sucesión ininterrumpida se trasmitían la espada de la muerte, iban pasando también a las demás generaciones, con la misma mano bendita, la lámpara inextinguible de la vida. Iluminados por su lumbre divina quisieron cortar de un tajo nuestras recias ataduras; mas a pesar de sus golpes repetidos, la cadena de hierro quedó enroscada a nuestra garganta. Si el destino reserva todavía el nombre del coloso que quiebre el eslabón postrero, no es ilegítimo creer que se acerca ya la hora solemne de la redención y de la gloria.

Dúdesen en buen hora: empéñese quien quiera en atajar la ola que se encrespa, en pretender del pueblo que confía en sí propio, por torpe abdicación la vuelta al vasallaje... No, ya es imposible fiar nuestro destino a los mismos que nos odian: a los que odian nuestra devoción por la libertad, nuestra resistencia a sus iniquidades; a los que nos halagan mientras nos temen, para burlarnos cuando nos juzguen impotentes; a los que hipócritas e insaciables invocan su patria para pisotear la nuestra; a los aventureros de hoy, tan feroces y hambrientos como los aventureros del siglo XV; a los que en 1837 nos confiscaron nuestro derecho para robar sin trabas nuestro dinero; a los que en 1893 falsifican y parodian la autonomía para hacernos cómplices y tributarios de sus pérfidas combinaciones mercantiles; a esa gente funesta, azote y pesadilla de la tierra, que atormentó la Europa bajo Carlos V y Felipe II, que aniquiló en masa a los indios, que expulsó en masa a los judíos y los moriscos, que decretó el cadalso permanente para todos los flamencos, que decretó el sacrificio permanente para todos

los araucanos, y que, ahora mismo, sin pudor ni remordimiento, decreta el exterminio de todos los revolucionarios cubanos. ¡Ah!, pero esa desatentada y satánica sentencia de muerte será esta vez, como lo fué antes, la aurora sangrienta de un grande y luminoso día de la emancipación humana. La conciencia indignada exige oponer nuestra firmeza y el decoro de la civilización ultrajada, a ese delirio de persecución y de asesinato. La conveniencia, el interés común de los cubanos exigen que todas nuestras ciudades se queden vacías para que, relampagueando, todas nuestras montañas se coronen de rebeldes indomables. No importa que corran desaladas hacia la isla incandescente manadas de españoles sedientos de botín; pero respondan enardecidos todos los cubanos poniéndose de pie para espantarlas; que, en cuanto a mí, ¡ah!, no, no me consideréis un solo instante ni fanático, ni menos sanguinario; aunque si sois cubanos, si lo soy también yo, no os debe sorprender que estalle de ira el corazón y embarguen mi voz las maldiciones... Yo he sido siempre un soñador de la paz, aun al rojizo res-

plandor de los incendios; de la paz honrada en la colonia libre; aunque más todavía de la reconciliación con España a virtud de nuestra independencia para sellar en las inspiraciones de generosidad suprema un pacto de civilizadora alianza; pero me siento abofeteado por su guantelete de guerra, veo otra vez brotar de su seno de granito la lava encendida de sus odios inmortales, vuelvo a oír el suspiro del prisionero, los gemidos del deportado, los ayes de las familias consternadas, las descargas de bárbaros fusilamientos, el grito de horror de los hospitales pasados a cuchillo, el inmenso rugido de las fieras que empapan de lágrimas y sangre la odiosa bandera de la conquista; y acongojado por todas las angustias de mi patria, oprimido el corazón por las garras todas de esa muchedumbre de verdugos, al contemplar cómo brama la bestia nacional al pie del patíbulo de mis hermanos, mientras bandadas de foragidos cruzan el Océano Atlántico, ebrios de saña y respirando crímenes, en infernal cruzada contra los héroes que los aguardan en la ribera incendiada, resueltos a librar el último combate por la

independencia americana, me yergo para gritar enorgullecido y desesperado: ¡Yo soy cubano, y rueden los cielos si no ha de triunfar en mi patria la justicia!

VIII

Enrique José Varona

EL 10 DE OCTUBRE

ARTICULO PUBLICADO EN "PATRIA",
NEW YORK, EL 10 DE OCTUBRE DE 1899.

Miradas a distancia, las grandes fechas históricas son como las cimas más empinadas de las alterosas cordilleras; parecen perdidas y solitarias en la inmensidad del éter. Sin embargo, no son sino el remate de una gradual ascensión, el punto elevado y casi indeciso que separa dos inmensas vertientes, opuestas, aunque contiguas, unas en el espacio, otras en el tiempo.

El diez de Octubre de 1868 marca en la historia de América uno de esos altos puntos, que sirven de límite a dos épocas. El núcleo de hombres resueltos que, a la luz incierta de una madrugada tropical, se reunió en La Demajagua, para declarar que había llegado la hora de la independencia de Cuba, y para afirmar su resolución de defenderla a costa de todos los sacrificios, incluso el de su vida, aparecerá un día, a los ojos del historiador, tan extraordinario, como el de aquellos aventureros del mar que, al posar la planta en la misteriosa isla de

Guanahaní, abrieron una nueva ruta al comercio de las ideas y productos de Europa, o como el de esos peregrinos, que al llegar a la playa glacial del Plymouth, consagraron un Continente a la libertad de conciencia.

Bien pocos eran unos y otros; pero los impulsaba una fuerza inmensa. Su esfuerzo era la resultante de un trabajo anterior colosal. Colón y sus compañeros rompieron la brecha que necesitaba ya la energía expansiva de la civilización de occidente. Miles Standish y los suyos abrieron el primer cauce a la impetuosa corriente de ideas, que iba a regenerar esa civilización. Céspedes y sus amigos vinieron, siglos después, a socavar el dique que separaba los dos raudales nacidos de aquellos dos grandes sucesos.

Si se considerase la empresa de Céspedes como un hecho aislado, parecería obra de la temeridad, vecina a la demencia. A pesar sólo las circunstancias externas, todas las probabilidades estaban en contra suya. Contaba con pocos hombres, pocas armas y escasos recursos. Al poder que intentaba derrocar le sobraba cuanto a él le faltaba.

Esto era lo superficial. Lo profundo era la obra de disgregación lenta, pero continua, de cuanto España había representado y representaba en América. Su dominación en las Antillas parecía sólida, y estaba carcomida; carcomida por el diente invisible del anacronismo latente, que era su espíritu. España estaba en el corazón de América, en las últimas décadas del siglo diecinueve, viviendo con su sangre y su cerebro de los siglos ya muertos, de los siglos de la conquista y la colonización.

En torno suyo, enfrente, había crecido, se había agigantado otro pueblo con un espíritu totalmente diverso; flexible, apto a todo cambio, dispuesto a todo progreso, capaz de la más rápida adaptación; su antítesis, en todo lo que determina el buen éxito en las épocas de transformación, como la actual. El choque de esos dos pueblos, que encarnaban dos tendencias tan radicalmente diversas, era inevitable; y ese choque tenía que determinar una nueva orientación de los sucesos, que constituyen la vida de las sociedades; por lo menos en este Continente, que había de ser, como fué, su escenario.

La lucha entre España y la Unión Americana estaba iniciada, casi desde los albores del siglo. Cada jirón del imperio español, que desgarraba el viento de las revoluciones, entraba en la órbita de influencia de la gran nación que se consolidaba en el Norte, y contribuía a que se aproximara más el momento del conflicto final. Cuando Céspedes sacó la espada para cortar el último eslabón de la cadena que unió a España y América, ese golpe sonó como la primer campanada de la hora decisiva. En el reloj del tiempo los años son segundos. A nosotros nos ha tocado oír la última vibración. Nosotros hemos presenciado el choque fulminante. Pero el golpe inicial, que ha hecho posible el magno suceso, se dió en La Demajagua aquel diez de Octubre.

Al considerar así el papel histórico de Céspedes y los demás iniciadores de la revolución cubana, en nada se empequeñece su importancia para nuestro pueblo. Todo lo contrario. Ningún acaecimiento histórico adquiere sus verdaderas proporciones, sino considerado en relación con los demás, y en el conjunto de los que componen la vida de

la humanidad, en un período marcado del tiempo.

La revolución cubana, iniciada en 1868 y terminada treinta años después, además de su significación capital para el pueblo que la ha realizado, tiene la que le imprime ser un suceso de la más alta importancia en la historia de América; en la pugna y contienda de las razas que han traído a este Continente la civilización occidental; en el conflicto de ideas trasplantado a nuestro hemisferio a bordo de la "Santa María" y en el puente de la "Flor de Mayo".

Considerada así, envuelve una gran lección para nuestra raza. La pone frente a frente a una de esas inevitables encrucijadas, a que llegan los pueblos, como los individuos. España ha sucumbido en América, porque no ha sabido adaptarse a las nuevas condiciones que la vertiginosa civilización coetánea iba creando en torno nuestro. Si sus descendientes quieren subsistir, y deben quererlo, como factor apreciable e importante de esta civilización en esta parte del mundo que ocupan con buenos títulos, deben despojarse cuanto antes del manto de

plomo del tradicionalismo, que sus hábitos de raza les pegan a las carnes, y entrar con nuevo espíritu en la liza.

Céspedes y sus continuadores trabajaron y se sacrificaron para que Cuba no se quedara rezagada, como hubiera quedado, si subsistía el régimen que España representaba. Derrocado ese régimen, se abrían para Cuba más amplios horizontes, que le ofrecían nueva vida, vida mejor. ¡Ay de los que no vean que para conseguirla necesitamos renovar, regenerar el espíritu con que hemos de ir a su conquista!



INDICE

	<u>Pág.</u>
Introducción, por Félix Lizaso.....	3
I.—Discurso de Carlos Manuel de Céspedes...	11
II.—Discurso de José Manuel Mestre.....	15
III.—Discurso de Enrique Piñeyro.....	31
IV.—Discurso de Antonio Zambrana.....	41
V.—Artículo de Eugenio M. Hostos.....	75
VI.—Discurso de José Martí.....	89
VII.—Discurso de Manuel Sanguily.....	115
VIII.—Artículo de Enrique José Varona.....	151



CUADERNOS DE CULTURA

TERCERA SERIE

1

Juan Clemente Zenea: POESIAS.

2

Domingo Delmonte: HUMANISMO Y HUMANITARISMO.

3

Francisco Javier Balmaseda: CONFINAMIENTO Y AGRONOMIA.

4

José Martí: ESPIRITU DE AMERICA.

5

José Jacinto Milanés: ALGUNAS POESIAS.

6

Luisa Pérez de Zambrana: ELEGIAS FAMILIARES.

CUARTA SERIE

1

Francisco de Frías: REFORMISMO AGRARIO.

2

Esteban Borrero Echeverría: LECTURA DE PASCUAS.

3

Rafael Montoro: IDEARIO AUTONOMISTA.

4

José Martí: APUNTES DE UN VIAJE.

5

José Z. González del Valle: LA VIDA LITERARIA EN CUBA.

6

BREVE ANTOLOGIA DEL 10 DE OCTUBRE.

Este cuaderno se distribuye gratis, como medio de divulgación cultural, por la Secretaría de Educación.

UNIVERSITE PARIS 3



D

001 615101 0

71-51